CORONEL MANUEL DE OLAZABAL

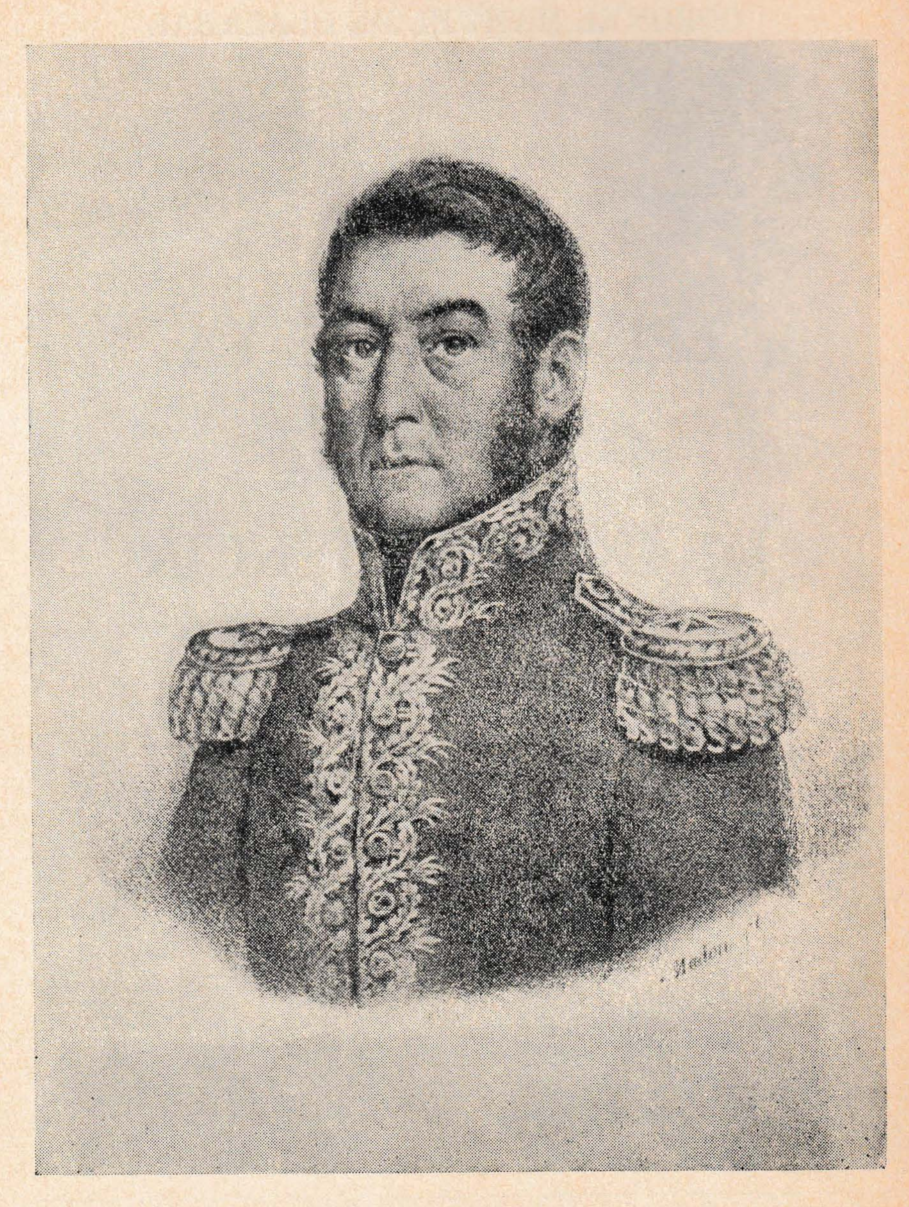
EPISODIOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO
BUENOS AIRES, 1974

CORONEL MANUEL DE OLAZABAL

EPISODIOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

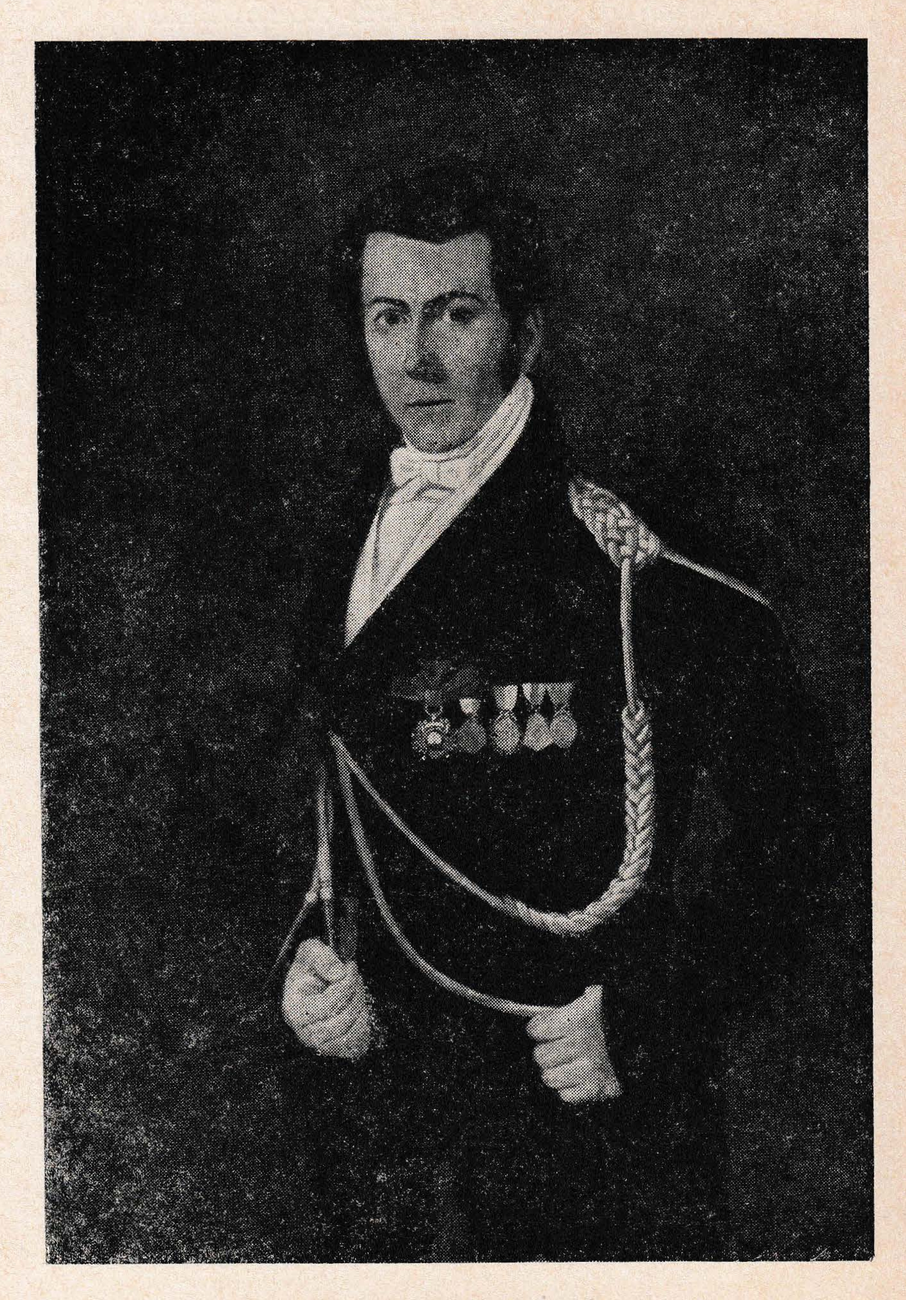
INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO
BUENOS AIRES, 1974



Capitán General D. José de San Martín
(Litografía de Madou; Bruselas, 1828)

CORONEL MANUEL DE OLAZABAL

EPISODIOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



Coronel Manuel de Olazábal

1

COMBATE DE SAN LORENZO

Ganada por el Teniente Coronel del Regimiento de Granaderos a Caballo, don José de San Martín, al Comandante Realista don Juan Zavala, el 3 de febrero de 1813

El teniente coronel don José de San Martín, que en mayo de 1812 había llegado de España a Buenos Aires, en la fragata inglesa "Jorge Canning", trayendo una alta reputación militar por su capacidad y valor acreditado tantas veces en la guerra que la madre patria sostuviera con tanto denuedo contra Napoleón I, fue designado inmediatamente por el gobierno de la República para fomar un regimiento de caballería con el nombre de *Granadero a caballo.*

Efectivamente, desde luego hizo sentir sus vastos conocimientos para la organización y disciplina tan en embrión en los cuerpos nacionales.

Los granaderos fueron, desde entonces, el modelo para la reglamentación de los ejércitos.

A fines de 1812 el regimiento tenía planteado, aunque no en el número de fuerza, el 1º y 2º escuadrones, y se organizaban el 3º y 4º.

El solo nombre de San Martín conmovió de tal modo la juventud ardorosa de patriotismo que mucho de los oficiales, cadetes y aun soldados distinguidos fueron de las primeras familias de Buenos Aires, de donde con el tiempo salieron la mayor parte de los más afamados guerreros.

En esa época flameaba el pabellón español en la plaza de armas de Montevideo, mandada por el gobernador y capitán general mariscal de campo don Gaspar de Vigodet, sitiada por el ejército de la República al mando del capitán general don Manuel de Sarratea.

Las naves españolas, dueñas del Plata y sus grandes afluentes, por no contar la República con un solo buque de guerra, habían saqueado en octubre los pueblos de San Pedro y San Nicolás.

En los primeros días de enero de 1813 zarpó de Montevideo una escuadrilla conduciendo a su bordo una columna de infantería de des-

embarco, fuerte de 250 hombres, con dos piezas de artillería volantes, al mando del comandante don Juan Zavala, con el objeto de hostilizar los pueblos ribereños situados en las márgenes del Paraná, arrebatar ganado para transportar a Montevideo, de que carecía absolutamente, y llamar de ese modo la atención del gobierno para que se abstuviese de enviar refuerzos al ejército sitiador.

En el momento que llegó a conocimiento del gobierno esta operación, que fue días después, ordenó al teniente coronel don José de San Martín, marchase con su regimiento y un batallón, costeando desde Zárate el Paraná, para que cayese sobre los enemigos, en caso de efectuar desembarco.

San Martín entresacó del 1º y 2º escuadrón a 125 hombres de los más instruidos, dejando los demás del regimiento a las órdenes del sargento mayor don Matías Zapiola (hoy brigadier general).

Con esa fuerza se puso en camino observando constantemente la escuadrilla, que venía aguas arriba.

El mismo, valiéndose del *disfraz* y dejando la fuerza oculta, miraba desde la barranca, con aquella vista de águila que jamás lo engañó, el rumbo que seguía.

Ansioso de hacerse conocer prácticamente ante la consideración de sus compatriotas en el campo del honor, se resolvió a marchar con sólo sus granaderos, dejando la infantería que marchando a pie demoraba el objeto de la operación.

La escuadrilla continuaba navegando sin que se pudiese conocer el punto de ataque, pues pasó el Rosario.

En la tarde del 2 de febrero ancló frente al puerto del convento de San Lorenzo, situado a unas 200 yardas de la barranca del Paraná.

San Martín, haciendo esfuerzos sobrehumanos para salir airoso de su comiisón, logró llegar a San Lorenzo ese mismo día a media noche.

No se escapó a su privilegiada penetración que el punto de ataque era aquél.

Así fue que colocó a sus granaderos en batalla a espalda del hermoso convento.

La barranca que está a su frente, parece cortada perpendicularmente por la mano del hombre en su mayor parte; y en lo demás, es inaccesible por sus sinuosidades.

Pero como a 400 yardas del convento están las subidas conocidas por la *bajada del Puerto.*

*

El crepúsculo del día *tres* principiaba a iluminar el horizonte. San Martín, dejando los granaderos de la misma manera que habían pa-

sado la noche, formados pie a tierra, en mayor silencio y brida en mano, subió al *campanario* con su anteojo, y desde allí vio a poco rato el desembarco de los enemigos.

Efectuado éste, subieron a la planicie en dos pequeñas columnas paralelas, bandera flotante y dos piezas de artillería a vanguardia, y se dirigieron hacia el convento.

En el acto descendió San Martín de la *torre* y corrió a ponerse a la cabeza de sus soldados, que por primera vez recibirían el sahumerio de la pólvora y el estrago de la metralla, para adquirir un *timbre* de gloria para la Patria, y para ellos aquel renombre con que son admirados hasta el *Ecuador* los Granaderos a caballo.

Dio el mando del 1er. escuadrón al capitán más antiguo, don Justo Bermúdez, dejando el 2º a sus inmediatas órdenes.

En seguida dijo a ese oficial: "Capitán Bermúdez, en el *centro* de las columnas enemigas nos encontraremos y daré a usted *órdenes*".

*

Los enemigos se aproximaban al convento, y fue entonces que saliendo los granaderos de la posición que los ocultaba, cargaron con una bravura digna de los mejores soldados del mundo.

Por un momento los españoles quedaron absortos con la presencia de los patriotas, pero instantáneamente rompieron sus fuegos perfectamente nutridos, y se dispusieron a disputar la victoria vendiendo caras sus vidas.

La carga de los granaderos fue simultánea y denodada, el choque hizo retemblar el terreno, el ruido de la armas, el humo y la polvareda oscurecieron por un momento aquellos guerreros que pisaban el dintel de la muerte.

Las columnas españolas se desorganizaron un tanto, formando en masa sobre las últimas mitades y poniéndose en retirada hacia el *puerto*, bajo un fuego mortífero.

Largo tiempo hacía que ambos combatientes puede decirse estaban luchando *hombre a hombre*, a tal extremo, que el valiente alférez don Hipólito Bouchard tendió en el suelo de una feroz cuchillada al abanderado *realista*, tomándole la bandera que con el mayor coraje defendió hasta exhalar el último aliento.

San Martín, que al frente de su escuadrón llegó a las bocas de los fusiles enemigos, recibió una descarga de fusilería y cañón, que tendió muerto su caballo tomándolo debajo por una pierna.

El comandante Zavala se acercó a él, y notando que era un jefe, le tiró varios sablazos, los que apenas pudo parar no obstante la posición en que estaba tendido en el suelo, pero uno de ellos le hirió en el rostro.

En ese momento, un soldado enemigo iba a traspasar a San Martín con la bayoneta, cuando el valiente granadero Baigorria (puntano) lo levantó en la lanza, salvando así a su jefe.

San Martín estaba en inminente peligro de perder su vida.

Entonces el *héroe,* incomparable soldado Juan Bautista Cabral (correntino), tirándose en medio de aquella matanza y confusión, corre sable en mano hacia su jefe y tomándolo de la pierna que tenía libre, y defendiéndose al mismo tiempo de los que trataban de ultimarlo, consigue sacarlo de debajo del caballo.

Pero, instantáneamente dos balazos recibidos en el pecho lo tendieron sobre su jefe gritando: —¡Viva la patria! ¡Muero contento por haber batido al enemigo!

Así dejó de existir aquel denodado correntino, salvando al guerrero que más tarde fue la admiración de la América.

*

San Martín, herido, a pie, y un tanto desorientada su cabeza por el golpe del caballo, ve al alférez don Manuel Escalada, su ayudante en comisión, y le grita: —Reúna usted el regimiento y vayan a morir!

Durante esta peripecia, el arrojado capitán Bermúdez había simultáneamente taladrado con su pequeño escuadrón la columna derecha enemiga para reunires a su jefe y recibir sus órdenes según le había prevenido al ir él a cargar.

Los enemigos, desconcertados en su mayor parte, se retiraban con precipitación, haciendo la mayor resistencia y protegidos por los fuegos de los buques, hasta llegar al borde de la barranca, en donde el intrépido teniente don Manuel Díaz Vélez, en la furia de su caballo, en que iba sableando y no pudo contener, cayó herido de bala en la frente, barranca abajo, y fue hecho prisionero.

Los realistas se reembarcaron, dejando sesenta muertos y catorce prisioneros, de ellos 12 heridos, y como trofeo la bandera que el bravo Bouchard había arrancado con la vida al esforzado abanderado, 40 fusiles y 4 bayonetas.

Los granaderos sufrieron la pérdida de 15 muertos y heridos; de los primeros fueron 2 porteños, 2 correntinos, 3 puntanos, 2 riojanos, 2 cordobeses, 1 oriental, 1 santiagueño, 1 chileno y 1 francés.

El impávido capitán Bermúdez, cuya espada había brillado en la larga guerra de la independencia, recibió una bala de cañón sobre la barranca que le despedazó una pierna, de cuya herida murió a los pocos días, no obstante haber sido amputada por un cirujano mandado de Buenos Aires, por la posta.

*

El comandante de la escuadrilla mandó un oficial en parlamento, solicitando se le vendiese carne fresca para alimentar a los heridos.

San Martín se la mandó de obsequio en el acto, y con el mismo oficial le propuso cambio de prisioneros.

El enemigo aceptó y envió al teniente Díaz Vélez y algunos paisanos que había tomado en buques de cabotaje, y recibió los suyos.

Uno de los canjeados fue José Feliz Bogado, natural del Paraguay, que entró de soldado raso en el regimiento aquel mismo día voluntariamente.

Este recluta del 3 de febrero de 1813 fue de los que en 1814 entró triunfante a la plaza rendida de Montevideo.

Fue de los libertadores de Chile y el Perú y a fuerza de honradez, valor y largos años de campaña, vino a Buenos Aires de coronel desde el glorioso campo de batalla en Ayacucho el 9 de diciembre de 1824, conduciendo como ochenta hombres, últimos restos del heroico ejército de los Andes.

Entre ellos vinieron sólo cinco granaderos a caballo, quedando los demás, con pocas excepciones, blanqueando sus huesos desde el Plata hasta el río Bamba en el Ecuador, mostrando a la América la epopeya de aquel afamado regimiento de donde salieron el libertador de Chile y el Perú, el vencedor de Montevideo y quince de los más afamados generales de caballería, varios de ellos desde la clase de soldados.

Doce años de vivac no enfriaron el ardoroso patriotismo del noble paraguayo, que poco después de llegar a Buenos Aires marchó al ejército nacional contra el Imperio del Brasil, hallándose en la memorable gloriosa batalla de Ituzaingó.

*

El intrépido teniente Díaz Vélez murió en Buenos Aires de resultas de la herida en la frente.

San Martín recomendó en su parte al gobierno la brillante comportación de todo los oficiales y tropa.

Y especialmente al benemérito párroco doctor don Julián Navarro, que en medio de las balas animaba los soldados a la pelea, y les administraba a los moribundos los auxilios espirituales.

Asimismo lo hizo del valor de los oficiales voluntarios don Vicente Mármol y don Julián Corve.

Pidió a la consideración del gobierno su protección a la señora viuda del malogrado Bermúdez, y soldados muertos, a quienes les fue acordada la *pensión según* sus clases.

Recomendó expresamente la *familia* del granadero Juan Bautista Cabral.

El gobierno, por un decreto *especial,* ordenó la erección de un *monumento* en el cuartel del Regimiento, que perpetuase la memoria de aquel *impertérrito* soldado.

En consecuencia se colocó en la puerta del cuartel, del lado exterior, un grande tablero de figura oval, con esta inscripción: *"El soldado Juan Bautista Cabral, muerto en la acción de San Lorenzo el 3 de febrero de 1813".* Y en la orla: *"Sus compañeros tributan esta memoria".*

Al mismo tiempo se ordenó que, al pasar *lista* en la compañía a que había pertenecido, después de las clases, fuese llamado y el sargento más antiguo contestase *Murió por la Patria en el campo del honor, pero vive en nuestros corazones. Compañía, ¡Viva la Patria!,* y ella respondía: *¡Viva!*

Justo es hacer aquí un recuerdo de gratitud a los dignos *religiosos* de San Lorenzo, que con el mayor celo ejercitaron uno de los santos objetos de su institución asistiendo los heridos.

*

Si sólo debiesen consignarse en la Historia las grandes batallas que por el número de combatientes hubiesen hecho derramar más sangre y asolado una inmensa superficie, a no dudarlo que la *acción* de San Lorenzo pasaría inapercibida de los gloriosos fastos argentinos.

Pero, si se tiene en cuenta la tenacidad y valor con que allí se luchó por ambas partes, la crítica situación en que se hallaba la revolución; que las poblaciones de las costas del Paraná y Uruguay se veían constantemente asaltadas por la *piratería* de los *corarios* españoles, así como el comercio de cabotaje; y que desde esas fechas quedaron garantidas las costas de esos ríos, sin duda que con justicia merece ese hecho de armas el *renombre* que de glorioso lo proclama la fama, y lo transmiten todos los ilustres escritores de la América, así como el *Himno* Nacional.

2

ASALTO DE LA PLAZA FUERTE DE TALCAHUANO

por el Ejército Unido, Argentino (de los Andes) Chileno, mandado por el Supremo Director de la República,
BRIGADIER GENERAL D. BERNARDO O'HIGGINS
el 6 de diciembre de 1817

CONMEMORAR los grandes episodios, ora prósperos, ora adversos, que en el glorioso trayecto que recorrimos en la guerra de titanes sostenida contra la madre patria desde los muros de la plaza de armas de Montevideo, escalando los Andes, surcando el Pacífico hasta hacer flamear el pabellón de Mayo sobre los Alcázares de los virreyes —Vigodet, Marcó del Pont y el conquistador Pizarro—, como el símbolo de la independencia hasta el Ecuador, es un deber sagrado a que está llamado todo argentino. Tanto más cuanto que la juventud ardorosa que se levanta retemplará entusiasta el juramento solemne que proclamaron sus padres de morir antes que arrastrar las cadenas de la esclavitud.

*

La memorable y espléndida batalla de Chacabuco, ganada por el ejército de los Andes a las órdenes del nuevo Aníbal, el 12 de febrero de 1817, obligó a reconcentrarse en la plaza de Talcahuano, sobre el Pacífico, todas las fuerzas del ejército Real que al sur de la capital de Santiago no se hallaron en aquel día inmortal, que selló de una manera incontrastable la independencia del gran pueblo argentino.

Pocos días después de entrar a la capital el ejército vencedor de los Andes, el general San Martín ordenó marchara el coronel don Juan Gregorio de las Heras con su batallón Nº 11, dos compañías del Nº 7, sargento mayor don Cirilo Correa, un escuadrón de Granaderos a Caballo, comandante Manuel Medina y los dragones de Chile, que organizaba el coronel don Ramón Freire, a poner sitio a Talcahuano, mandado por el coronel Ordóñez.

Establecido éste, el jefe fue en dos ocasiones al campo de las Heras para combatirlo. Pero fue rechazado, y en la segunda vez, el 5 de

mayo de 1817, con pérdida de más de 100 hombres muertos, otros tantos prisioneros, tres cañones y doscientos fusiles.

El Supremo Director O'Higgins, que desde la capital marchaba a ponerse al frente de las operaciones del sitio, llegó poco después al campo de las Heras, que acababa de dar un día más de gloria a la patria, con una columna de las fuerzas argentinas siguientes: cuatro compañías del batallón Nº 7, comandante don Pedro Conde; un escuadrón de granaderos a caballo, teniente coronel don Manuel Escalada; y, chilenos, batallones 1º y 3º, comandantes Rivera y Boedo y cazadores a caballo, coronel don Ramón Freire.

Las operaciones del ejército unido sitiador estaban reducidas a encarnizadas guerrillas, casi siempre a favor nuestro por la superioridad de nuestra caballería.

El coronel Ordóñez, uno de los más brillantes jefes de las tropas Reales en América por su valor, capacidad y constancia en las fatigas, se ocupaba tenazmente de hacer de Talcahuano el Gibraltar del Pacífico, sin más punto vulnerable que la faja de tierra a su frente, por su figura de anfiteatro, frente al mar y al caudaloso río Bío-Bío.

El Director O'Higgins avanzó a situar el ejército en el Manzano, ángulo saliente de la provincia, que forman las alturas frente a la plaza, al alcance de las piezas de a 24, pero en el descenso al abrigo de los fuegos. En esta altura se situó una batería de donde se arrojaban granadas.

*

Poco después de estar acampados allí y de continuos encuentros parciales, el Directorio recibió aviso de la próxima llegada de nuevas fuerzas que se embarcaban en el Callao a las órdenes del general don Mariano Osorio para emprender nuevamente la dominación de Chile.

Talcahuano era el mismo punto estratégico adoptado como base de las operacionese que debían principiar.

En vista de esto, el Director tomó las medidas que creyó convenientes para escalar la plaza en la madrugada del 6 de diciembre.

El teniente general don Miguel Brayer, que había hecho su carrera con distinción en los ejércitos de Napoleón I y que recién llegaba a Chile, fue nombrado por el General San Martín mayor general del ejército sitiador. En consecuencia, el Director le encargó de dirigir el asalto.

Se confió y puso a la cabeza de toda la infantería al coronel Las Heras, que debía efectuar la escala por la Puntilla, sobre el puerto, donde estaba situada una gruesa batería. A la parte sud de la plaza se destinó solamente una pequeña fuerza para distraer la atención del

verdadero punto de ataque. La tropa, en su mayor parte, llevaba cada uno un salchichón para llenar los fosos.

La caballería, a las órdenes del coronel Freire, aquel chileno cuya bravura era proverbial en su patria y en el ejército de los Andes, se colocó a medio tiro de cañón de la plaza, en una pequeña hondonada que presentaba el campo.

Desgraciadamente, horas antes de emprender el asalto, un infame soldado, olvidando el honor, se había pasado a la plaza sin ser sentido, e informando a Ordóñez de los preparativos y disposición en que dejaba nuesetro ejército. En vista de este importante aviso, Ordóñez, sin perder un instante, colocó todas sus fuerzas en las posiciones que de antemano tenía premeditado para si llegaba el caso.

Todas las baterías, los buques de guerra y los cañones que había en el Bío-Bío, estaban con la mecha encendida.

Llegada la hora acordada el coronel Las Heras se puso en marcha con la columna, en busca de nuevos laureles, bajo el estampido del cañón y el estrago de la metralla. Con su espada desenvainada y colocada bajo el brazo, marchaba como un héroe, al frente de su columna.

El centinela que estaba situado sobre el parapeto de la batería en la Puntilla sintió el retemblar del terreno bajo el peso de aquellas fuerzas de que una parte eran de los vencedores de los Andes. Dio por tres veces el quién vive, y, no teniendo más respuesta que el silencio, descargó el arma.

*

No pasó un minuto sin que la inmensa artillería y fusilería hiciese ver a Las Heras lo inminente de su situación. Todo cuanto abrazaba la vista se presentó como el sol más radiante al medio día. ¡Hermoso espectáculo aquél!

Las Heras llegó a paso gimnástico sobre el primer foso rellenado con "salchichones", y trepando sobre la mampostería entró a la bayoneta sobre los enemigos, que sostuvieron con bravura su puesto de honor.

Arrollando cuanto encontró por delante, continuó a paso de ataque hasta el segundo foso, que no fue posible cegar lo suficiente por falta de material.

El fuego de fusilería y cañón era horroroso. Pues habiendo aclarado el día, y notando que el ataque era solamente en aquel punto los fuegos convergentes de todas las baterías se dirigieron gigantes sobre nuestra columna.

Pero nada contenía el coraje con que todos a porfía hacían esfuerzos de gigantes para salvar aquel obstáculo. Al fin, trepando sobre los hombres de unos y otros, salvaron el foso cubierto de cadáveres de

nuestros bravos soldados, subieron al parapeto, y peleando cuerpo a cuerpo a la bayoneta, la victoria coronó sus heroicos esfuerzos. Pero, aun quedaba un supremo empuje que hacer para entrar a la línea de fortificaciones.

Nuestros batallones, sin el personal competente antes del asalto, estaban diezmados. Muchos jefes y oficiales fuera de combate. ¡El estrago era espantoso!

En este estado, nuestras tropas habían dado varios vivas a la patria. El coronel Freire tenía la orden, al oír estos vivas, de cargar con la caballería a sus órdenes para entrar por el portón (Postigo) a fuerza de armas.

Entonces me mandó recibir órdenes del Director para saber si debía o no cargar, en vista de que el ataque estaba empeñado sin pasar adelante.

Permítaseme decir cómo hallé a aquel arrojado general O'Higgins, tan decidido por los argentinos y nuestros compañeros de gloria. Parado, solo, sobre el parapeto de la batería a barbeta que estaba colocada en el ángulo de nuestro campo, y de donde disparaba granadas a la plaza el capitán de artillería Don Juan Apóstol Martínez, veía con el mayor desprecio el rebotar de las balas que a su lado levantaban polvaredas. Cuando estuve cerca, bajé del caballo y fui a pedir órdenes saltando al parapeto. Su respuesta fue: —¡Dígale usted, Olazábal, que carguen inmediatamente!

*

Dada la orden por mí al coronel Freire, mandó romper la marcha poniéndose a la cabeza de la columna con el valiente teniente coronel Escalada.

Desde que se movió de la hondonada, principió un fuego de cañón vivísimo sobre la columna. Freire mandó galope en dirección al portón.

En ese momento nuestra infantería, en vista de la imposibilidad de pasar adelante, principiaba a retroceder acosada por la metralla y fusilería, y descendía a la planicie.

El coronel Freire, no obstante esto, marchó a gran galope sobre el Portón. Pero, como a cien varas de distancia tuvo que suspender el ataque y contramarchar, por el espantoso fuego que los despedazaba, y estar allí el campo sembrado de abrojos, defensa accesoria de la fortificación, todo lo que hacía imposible el ejecutar su temeraria empresa con caballería. Mucho más si se atiende que para entrar por el "Postigo" era necesario hacerlo uno tras otro.

*

Quiero transmitir aquí para la historia un hecho heroico. Cuando la columna a las órdenes del coronel Los Heras se formaba en reti-

rada de la segunda Batería que con tanto denuedo había tomado, al teniente don Leandro García (porteño) una bala de cañón le tronchó una pierna y lo derribó a tierra. El asistente que iba a su lado trató de cargarlo para librarlo de caer prisionero, pues los enemigos se aproximaban; García lo asió del pecho fuertemente y poniéndole la punta de la espada le dijo: "Mátame, no me dejes en poder de los godos". Todos los esfuerzos del soldado para evitar el cumplimiento de aquella orden fueron infructuosos. El peligro era inminente, y con el corazón lleno de dolor tuvo que obedecer; puso la boca de su fusil al oído de su oficial y descargó el arma. ¡Honor a la memoria de aquel héroe, que apenas contaba 18 años!

*

Fracasado el asalto, el ejército regresó al campo, teniendo que lamentar la muerte del intrépido comandante Boedo (argentino), cuatro oficiales y como cuatrocientos soldados; y heridos los arrojados comandantes Correa, Beauchef, catorce oficiales y como trescientos de tropa.

El espacio que mediaba entre la plaza y el ejército sitiador quedó sembrado por más de 12 mil balas de cañón, de las que en las noches siguientes al asalto se recogieron gran número de ellas y fueron depositadas bajo tierra.

No puede concebirse cómo el general Brayer, con antecedentes honrosos en la guerra del Imperio, siendo el Mayor general del ejército, no iba a la cabeza de él para alcanzar la historia. Ni tampoco cómo fue que eligió el puesto más invulnerable para el ataque, después de los reconocimientos practicados con anticipación por el comandante de ingenieros D'Albe.

Pocos días después el ejército se disponía a emprender la retirada hacia el norte.

Transcurridos cuarenta y seis años desde aquel día, en que acreditaron una vez más los soldados argentinos el temple de sus corazones en las más arduas empresas, apenas quedan en pie de los jefes y oficiales que allí se hallaron del ejército de los Andes: Las Heras, Escalada, Olazábal y Ramos. Ignoro si aún vive algún otro para consignarlos.

3

RETIRADA DEL SITIO DE TALCAHUANO

Mandada por el Supremo Director de la República
Brigadier General D. Bernardo O'Higgins
enero de 1818

FRACASADO el asalto de la fuerte plaza de Talcahuano como queda consignado en el anterior episodio, el ejército se ocupaba con celeridad en los aprestos para verificar la retirada según estaba acordado.

En consecuencia el supremo director O'Higgins había mandado bajo la más seria responsabilidad el desalojo y abandono de sus hogares a todos los habitantes de la ciudad de Concepción, en donde sólo debían quedar las monjas en su convento. Igual orden se transmitió en la dirección que debía tomar el ejército, en unas ochenta leguas de trayecto hacia la ciudad de Talca inclusive.

Al mismo tiempo se mandó reunir sin excepción todos los caballos y mulas para ser empleados en el servicio del ejército y sus dependencias.

*

Al principio de enero de 1818 el ejército rompió la marcha en retirada. Este fue el momento en que el corazón de acero del ilustre general O'Higgins necesitó todo el temple de los hijos de "Numancia" para ver la ciudad de su tierra natal desierta, ardiendo en una parte, tirado a la calle todo cuanto no habían podido llevar los dueño de las casas de negocios. ¡El aspecto de aquel pueblo, cuna de tantos valientes, era desgarrador!!

¡Pero aún faltaba un espectáculo más terrible, que para presenciarlo era preciso todo el heroísmo del patriotismo y abnegación para no morir de pesar!

Según el ejército marchaba iba encontrando la inmensa emigración que a pie, desolada y llena de cansancio, caminaba a paso lento.

Las familias, para poder llevar algo de lo que poseían y conducir aquellas personas que enfermas, ancianas o chiquillos, no podían ir a pie, conducían todo esto en bueyes *aparejados* en donde colocaban

árganas y dentro de ellas aquellos objetos. También cabalgaban sobre los bueyes muchas personas.

Siendo yo uno de los oficiales que con una partida marchaba paralelo al costado derecho del ejército, en distancia como de seis leguas, para hacer efectiva la orden de retirada, al pasar por el pueblito de "Florida", como a tres leguas de Concepción, encontré un hombre que impedido del uso de los pies, caminaba con las rodillas y las palmas de las manos que llevaba forradas en cuero. Mucho trabajo me costó para convencerlo volviese a su casa. El ejército continuaba su lenta retirada, cada día entorpecida por la aglomeración de la emigración que se aumentaba.

El pasaje del correntoso río Maule presentó grandes obstáculos a ésta para salvarlo, sin embargo de las disposicones dadas por el Director, y los esfuerzos de todo el que podía contribuir a mejorar la situación penosa de aquellas heroicas familias, que abandonaban su hogar y cuanto poseían en holocausto de la patria para que el ejército real no hallase en su camino sino un desierto. Al fin todo se transportó al norte de este río y continuó la marcha.

Cuando el ejército se halló en paralelo con la ciudad de Talca, ya ésta había sido abandonada completamente por sus habitantes, impulsados del odio a la dominación del rey.

*

Durante esta larga y penosa retirada, habían llegado a Talcahuano, a mediados de enero, las fuerzas que venían de Lima a las órdenes del general Don Mariano Osorio, por cuya razón, antes que se incorporasen a las de la plaza, se había dado el asalto.

Estas constaban como de tres mil quinientos hombres de las tres armas con diez piezas de batalla. En ellos venían los valientes batallones de Burgos, e infantes y húsares de Fernando VII, que habían hecho con tanto denuedo la guerra en España a Napoleón y recién llegaban a Lima.

No tardó el ambicioso y alucinado Osorio en ponerse en marcha tras de nuestro ejército. Pero cada día que avanzaba hacia la capital veía de una manera harto elocuente que el pueblo chileno estaba decidido a quedar en escombros antes que rendir la cerviz.

El general San Martín, con el segundo cuerpo del ejército unido de los Andes-chileno, que había estado organizando en las *Tablas,* tan luego como supone la aproximación de O'Higgins se puso en marcha para reunírsele.

Los dos ejércitos lo verificaron en las inmediaciones de "San Fernando", formando un total de más de siete mil hombres con 33 piezas de campaña. Allí abrazó el Gran Capitán a su caro amigo O'Higgins,

que al frente de los intereses de un pueblo heroico todo lo ponía en sus manos para salvarlo.

Imposible es ver un ejército más entusiasta. Ni que augurase más la victoria, por su organización, disciplina, y cuanto constituye los principios de la ciencia militar.

El 12 de febrero de 1818, aniversario de la memorable batalla de *Chacabuco,* retumbaba el estampido del cañón en toda la República, proclamando el pueblo chileno su solemne independencia.

4

CANCHA RAYADA

EL general Osorio continuaba su marcha. Pasó el Maule y luego a Talca en dirección a la capital de Santiago.

Su vanguardia, fuerte como de mil quinientos hombres de las tres armas, precedía sus operaciones. El 15 de marzo tuvo un encuentro con la del ejército unido. Situada aquella en "Curicó", San Martín se puso en marcha en dirección a los enemigos. La vanguardia, apercibida del inminente peligro a que se había lanzado, emprendió inmediatamente la retirada buscando el apoyo de su ejército.

Fácil habría sido batir completamente esa fuerza. Pero, en este caso, Osorio habría repasado el "Maule" para ir a fortificarse nuevamente en *Talcahuano,* lo que quería evitar San Martín en una batalla decisiva.

Con este objeto marchó paralelo a la vanguardia enemiga, como a tres leguas de distancia uno de otro, hasta el 19 por la mañana, que el General desprendió del ejército toda la caballería en número de mil quinientos hombres, a las órdenes del vencedor en Suipacha de 1810, jefe del Estado Mayor General, brigadier don Antonio González Balcarce, para que forzando la marcha, cayese sobre la vanguardia antes de incorporarse al grueso del ejército que en su protección había pasado al río Lircay al norte de Talca.

Para efectuar esta operación, Balcarce debía hacer un semicírculo para caer perpendicularmente sobre la vanguardia. Esto dio lugar a la reunión de los enemigos como a las tres de la tarde, repasando el Lircay en dirección a la ciudad de Talca, cerca de ese río vadeable y de poca monta.

Tan luego como el siempre arrojado Balcarce se puso a tiro de cañón del enemigo, en el campo denominado Cancha Rayada, dio la orden de cargarlos. Nuestra caballería, con aquel denuedo que le era peculiar, fue a estrellarse sobre el grueso del ejército. Las masas de infantería y el fuego de fusilería y cañón perfectamente nutrido rechazaron el empuje de nuestros soldados.

Entonces su caballería chocó con la nuestra, que se retiraba sin desorden. Al alcance de las balas de cañón hizo alto.

Se organizó y volvió a la carga con doble esfuerzo, pero con el mismo resultado.

En vista de esto, el general Balcarce se dispuso a esperar, mandando echar pie a tierra, la llegada del general San Martín, que se aproximaba. En este intervalo, el teniente de Granaderos a Caballo, don Pedro Ramos, se distinguía con la guerrilla a sus órdenes, sosteniendo un vivo tiroteo casi a quemarropa, contra otra que mandaba un valiente capitán, Eguía, de la caballería enemiga.

El sol se iba a ocultar en el ocaso, cuando aparecieron las masas de infantería presididas por el guerrero cuyo nombre será inmortal. Flameaba a su frente la invencible bandera de los Andes. El brillo de las armas por el choque del sol, y la armonía de las lucidas bandas de múisca de los batallones, *vitoreaban ese día el natalicio del Gran Capitán.*

Los enemigos, sin perder tiempo, se dirigieron a la ciudad desierta de Talca.

El ejército unido campó provisionalmente en dos líneas, inter se reconocía y tomaba una posición segura y ventajosa para poder al día siguiente aceptar la batalla al ejército enemigo.

Hecho este reconocimiento, y ya de noche, el General ordenó que toda la extrema derecha pasase a situarse en la nueva posición.

*

El general Osorio, que esta tarde había presenciado el arrojo de nuestra caballería, que tan en poco había tenido a su ejército para írsele a la carga, oscilaba en una penosa incertidumbre, presintiendo el resultado para el siguiente día, en que debía salir de la plaza a combatir o entregarse de hambre a los dos o tres días. Pues ya le era imposible repasar el Maule, que dista de allí unas tres o cuatro leguas.

En esta situación su jefe de Estado Mayor general Primo de Rivera, de gran capacidad y valor, unido a Ordóñez, pasaron a ver a Osorio, y a hacerle presente que para salvar el honor de las armas del rey en la gran catástrofe que debían esperar, era indispensable que aceptasen una medida extrema; que en todo caso ellos echaban sobre sí la responsabilidad, y que esa medida era salir inmediatamente a batir a nuestro ejército en su posición, protegidos por la noche. El general opuso mucha resistencia, pero al fin tuvo que inclinarse y aceptar el pensamiento. En consecuencia se dispuso todo para la marcha y poco después el ejército en masa salió de la plaza a caer sobre el nuestro.

*

Como a las nueve de la noche nuestra izquierda se disponía a ejecutar el movimiento hecho por la derecha cuando de improviso y a quemarropa sintió la descarga de fusilería y cañón del enemigo que no había sido sentido.

El Regimiento de Granaderos a caballo a las órdenes del experimentado coronel don José Matías Zapiola se hallaba pie a tierra en este punto. La confusión de los caballos espantados del próximo estampido de las armas causó algún desorden para formar. Pero se había conseguido lo bastante a favor de los inauditos esfuerzos de los jefes y oficiales. En ese momento, un grupo de milicia de caballería vino de la izquierda sobre el regimiento y causó un gran desorden.

Los enemigos encima, el fuego de los batallones núms. 2 y 3 y Cazadores de los Andes, disputándose el terreno, era inmenso. El humo, la polvareda, la disparada de los caballos y mulas de la artillería y bagajes, introdujeron de una manera tal la confusión, que nada pudo contener la dispersión.

El enemigo tomó en ese momento las once piezas de artillería que en ese costado mandaba el comandante don Pedro Regalado de la Plaza.

El general San Martín estaba situado como a cuatro cuadras de la línea, cerca del hospital de sangre, donde se atendían los heridos que habíamos tenido esa tarde.

El batallón número 8 de los Andes, que servía de reserva, estaba a su inmediación, mandado por el que había tomado a la bayoneta, con dos compañías en la falda de los Andes, las trincheras de la Guardia; viejo soldado hoy con sesenta años de servicios, brigader general don Enrique Martínez, comandante entonces de ese batallón.

Todos los esfuerzos y prevenciones de morir o caer prisioneros, hechos por el general San Martín para restablecer el orden y repeler el combate brusco que allí se empeñaba, fueron infructuosos, aunque secundados por el director O'Higgins, que, herido de bala, se halló siempre al lado de su amigo.

Los batallones núms. 2 y 3 de Chile, después de heroicos esfuerzos, cediendo al fin su puesto, cayeron sobre el comandante Martínez, que con la mayor serenidad mandó romper el fuego sobre ellos y despejó mayor orden, llegó a "Chimbarongo" alentando la esperanza de que era el frente para esperar los enemigos.

El ejército estaba en dispersión y espantosa retirada con pérdida de todo el material y bagajes.

Pero aún quedaba en pie la derecha que poco había sido molestada, con el Bayardo de esa noche, intrépido coronel don Juan G. de Las Heras, que, en medio del huracán de aquella situación, se puso a la cabeza de los batallones núms. 7 y 11 de los Andes y de Chile núm. 1º y cazadores, de la artillería, al mando de los comandantes Blanco Encalada y Borgoño y de los cazadores a caballo con el comandante Freire.

El comandante don Rudecindo Alvarado, con su batallón de Ca-

zadores de los Andes, pasó sin respetar la inminencia del peligro por retaguardia de las columnas enemigas y se incorporó a Las Heras.

*

Serían las doce de la noche, cuando este jefe dejaba el campo en que parecían quedar sepultadas la libertad de la heroica Chile y las glorias del guerrero que había inmortalizado su nombre allá donde habitan los cóndores.

Con un núcleo de 3.000 hombres, a marchas forzadas y con el mayor orden, llegó a "Chimbarongo" alentada la esperanza de que ellos serían la base de la nueva organización para vencer o morir.

El comandante Martínez, con su batallón núm. 8, que había sufrido alguna pérdida, se reunió a Las Heras.

Todos los jefes y oficiales, en la dispersión, hacían los mayores esfuerzos para reunir la tropa; así fue que el coronel Zapiola lo efectuó en "San Fernando".

El general San Martín fue el último que abandonó el campo, con el Director O'Higgins, no obstante los esfuerzos de los que lo rodeaban para que lo verificase.

*

Cuando llegó a Chimbarongo, la única fuerza con que podía contar de pronto para oponerse al enemigo era la de Las Heras.

La situación no podía ser más embarazosa y apremiante. Así que impartió órdenes en todas direcciones a fin de concentrar todas las fuerzas sobre la angostura de "Regüelmo" y pasó a establecer su cuartel general en San Fernando.

Sin elemento de ninguna especie para dar nueva vida a un ejército desbandado y minorado en cerca de 3.000 hombres, y con el enemigo victorioso que debía caerle encima de un momenta o otro, tomó el único partido que podía adoptar, marchando a la capital de Santiago, centro de todos los recursos, y a donde se habían dirigido una parte de los dispersos, cruzando los cerrillos de "Teno".

No había pasado media hora de la llegada del general San Martín a la capital, cuando, sabido por el pueblo, se agolpó a su palacio y a la plaza, de una manera tal, que bien habrían 4.000 personas, entre las que se contaban lo más selecto por su posición social.

La gritería era inmensa, pidiendo saliese a la plaza el general para verlo.

Al fin fue necesario que se presentase bajo los portales del palacio, y el pueblo prorrumpió en vivas entusiastas, faltando poco para sofocarlo con tanto abrazo.

San Martín entonces, levantando en alto la mano derecha, pidió

silencio, con el temple de aquella voz con que sabía conducir a la victoria.

Restablecido éste, dijo —¡Chilenos! El contraste que en la oscuridad de la noche acaba de sufrir el ejército unido, nada importa si, como lo espero, debo contar con el patriotismo y abnegación de este gran pueblo. Yo os empeño mi palabra de honor de que primero pasará el enemigo sobre mi cadáver, y los de mis valientes soldados que entrar a la capital.

El entusiasmo y aclamaciones, entonces, no tuvieron proporciones.

Aquel momento, no obstante la crisis que atravesaba, debió ser para el general de gloria inmensa, y es para Chile un timbre inmortal.

Aquel gran pueblo sobrepujó las esperanzas del general, poniendo a sus órdenes sus tropas y cuanto poseían.

El esclarecido patriota don Manuel Rodríguez, que más tarde tuvo un fin funesto, fue de los que prestó más importante cooperación.

Al día siguiente el general San Martín y las tropas que allí se habían reunido marcharon a situarse en el llano de "Maipú", a poco más de una legua de la ciudad, para organizar totalmente el ejército que pronto debía decidir los destinos de la patria en una sangrienta batalla.

El coronel Las Heras, después de haber hecho una retirada de ochenta leguas en el mayor orden, llegú al Maipú el 28, con la falange de 3.000 hombres que había salvado.

El ejército lo recibió en gran parada y fue fecilitado por el general.

La inmensa capacidad, la actividad incansable y la voluntad de acero para vencer o morir de San Martín, no daban tregua para poner en práctica todos los elementos que debían completar el plan que se había trazado.

Todos los jefes y oficiales a porfía secundaban las vigilias del General, así fue que en tres o cuatro días el orden y disciplina estaban restablecidos.

Y aunque el ejército era menos numeroso que el del enemigo, al ver a la cabeza de los cuerpos aquellos guerreros encallecidos por el roce de las armas en cien combates, fácil era presagiar la victoria.

*

El general Osorio, que al día siguiente de su triunfo en Cancha Rayada debió picar la retaguardia del ejército vencido, acreditó una grande ineptitud para el elevado rango que ocupaba y los intereses de

sus laureles permaneciendo tres o cuatro días en Talca y dando tiempo así a la reunión de los patriotas.

Al fin, despertando del marasmo en que estaba, se puso en marcha sobre la capital. ¡Pero ya era tarde!

*

En las inmediaciones de la ciudad de Rancagua el teniente don Miguel Caxaravilla, de granaderos a caballo, a la cabeza de unos cuarenta hombres tuvo un choque con una partida enemiga de cien tiradores, a la que aquel valiente oficial acuchilló completamente.

Aunque ajeno a los sucesos que se van narrando, justo es hacer un recuerdo del famoso caballo colorado de Caxaravilla, tan conocido en el ejército del Alto Perú y de los Andes.

Este oficial entró a servir de soldado distinguido en los Granaderos a caballo a principios del año de 1813. Como en el Regimiento a todo individuo se le designaba un caballo que se mantenía a pesebre por cuenta del Estado, Caxaravilla mandó traer de una estancia de su señor padre en los "Montes Grandes" al sud de Buenos Aires, un caballo colorado para su servicio.

En 1814 marchó, ya de alférez, al Alto Perú (hoy Bolivia), llevando su caballo. Hizo en él las campañas hasta "Sipe Sipe", el 29 de noviembre de 1815, en que salió herido de bala. En 1816 marchó a Mendoza a la formación del ejército de los Andes. En enero de 1817 trepó los Andes por el camino de los Patos con el ejército. Se halló en la batalla de "Chacabuco", en que recibió un balazo el 12 de febrero del mismo año; en el combate de "Cancha Rayada", el 19 de marzo de 1818; en la batalla de "Maipú", el 5 de abril del mismo año. Hizo la segunda campaña hasta "Arauco" en 1819, hallándose en la acción de "Bío-Bío", en encuentros con los indios e infinidad de guerrillas.

De regreso a Buenos Aires, Caxaravilla trajo su leal y esforzado veterano. En 1825 aún vivía el "Decano", agobiado por los años. Cuando oía sonar los clarines o figurar el silbido de la bala, alzaba su pesada cabeza, se incorporaba y sus ojos marchitos por los años se corrían avaros de una manera terrible. ¡Tal fue el caballo colorado de Caxaravilla!

*

El primero de abril, el general San Martín supo de una manera positiva que el grueso del ejército enemigo había pasado el río "Maypu" por los vados de "Longen" hacia la Calesa.

La posición, en el campo de instrucción que ocupaba el ejército unido, carecía absolutamente de las ventajas en la ciencia de la guerra.

Así fue que, el día 2, el general levantó sus "reales" y acampó cerca de las acequias de Espejo.

Ese día, el 3 y 4, es sostuvieron fortísimas guerrillas, y el ejército pasó sobre las armas esa noche, para evitar un suceso igual al de marzo si el enemigo lo intentaba.

El 5 el ejército real se aproximó, indicando por su movimiento querer interponerse entre la derecha de los patriotas y la capital, para cortarle las comunicaciones con Aconcagua y disponer de las de Valparaíso.

Esta operación era cuanto un general consumado podía concebir.

Cuando vio San Martín que se disponía a realizarla, se decidió a empezar en su marcha la batalla, colocándose a su frente por medio de un cambio perpendicular sobre la derecha.

5

¡GRAN BATALLA DE MAIPO!

Ganada por el Generalísimo del Ejército Unido de los Andes-Chileno, don José de San Martín, al General D. Mariano Osorio, General en Jefe del Ejército Español en Chile, el 5 de abril de 1818

LA inmortal batalla de Maipo es sin la menor duda la jornada más gloriosa que registran los fastos argentinos en su brillante "Epopeya'.

El ejército de los Andes-chileno, que dieciocho días antes había sufrido una catástrofe espantosa, sin ejemplo en los anales de la guerra, se presentaba en la hermosa planicie de Maipo para disputar brazo a brazo al ejército "Real", vencedor en "Cancha Rayada", los destinos de aquel gran pueblo y el problema de la independencia de la América del Sud.

Los patriotas de la capital de Santiago se agitaban cual mar borrascoso, enviando al ejército cuanto podía precisar para el trunfo de sus armas. Y se disponían para el caso de un contraste, a hacer el último sacrificio en sostén de la solemne declaración de su soberanía proclamada.

Los realistas, contando con la seguridad de la victoria, preparaban cautelosos grandes pabellones españoles, con que se disponían a recibir al estandarte de Castilla.

El general San Martín tenía pendiente sober su cabeza la espada de "Damocles".

*

Serían las nueve de la mañana cuando el ejército Real movía su campamento e indicaba tomar la dirección entre la capital y el camino de Valparaíso.

El Ejército Unido permanecía impasible en el terreno en que había vivaqueado esa noche, pero pronto a empeñar la batalla en el momento en que la sublime inteligencia del general tenía prefijado.

Entre tanto, ordenó al coronel del Regimiento de granaderos a caballo, don José Matías Zapiola, mandase inmediatamente un escuadrón que se opusiese a *todo trance* si el enemigo se dirigía hacia el camino de Valparaíso.

En consecuencia fue nombrado el teniente coronel don José Melián con doscientos hombres y varios oficiales entre los que iba el Ayudante Mayor don Manuel de Olazábal.

Como a la legua de camino, la vanguardia enemiga, fuerte de más de doscientos caballos, le disputó el terreno. El teniente don Pedro Ramos, con cincuenta tiradores, sostenía una encarnizada guerrilla que era imposible sustentar más tiempo sin perder terreno.

El capitán Juan Lavalle marchó en su apoyo con unos treinta hombres.

El ejército enemigo desplegaba sus banderas, y rompía la marcha en esa dirección.

El general Osorio, notando la tenacidad de aquellas valientes guerrillas, mandó de refuerzo doscientos tiradores más, que en el momento de incorporarse a sus compañeros fueron a la carga sobre ellos. Los que no obstante el arrojo de aquellos dos intrépidos oficiales, fueron puestos en retirada, cayendo sobre la reserva al mando de Melián, a la que envolvieron y dispersaron. Pero peleando interpolados unos con otros, hasta inmediaciones del ejército la persecución se había aclarado y los granaderos se reconcentraban.

Entonces un capitán enemigo fue muerto por el Oyudante Olazábal. Y mandó a su asistente le alcanzase las "charreteras", que presentó a Melián, quien le ordenó fuese a ponerlas a disposición del general San Martín.

El ejército unido se movía en ese momento en "columnas paralelas", con la serenidad y entusiasmo que inspira una resolución incontrastable de vencer o morir.

El general San Martín, vestido cual aparece en la estatua "ecuestre" que el heroico pueblo de Buenos Aires le ha consagrado, perpetuando su nombre victorioso de la muerte en el inmortal campo de la historia, llevaba a su lado la invencible bandera de los Andes y la chilena.

Aparecía en medio de aquellas *masas* refulgente por el brillo de sus armas, dominándolo todo, como el gran "Tupungato" sobre los nevados "Andes".

El brillo de sus ojos, rayos de imperio, mensajeros de fuerza y de victoria, irradiazan como el lucero de la mañana.

Cuando el ayudante Olazábal le presentó al General para entregarle las "charreteras", según lo había ordenado el comandante Melián, le contestó con smblante airado: "Diga usted a su comandante

que usted no ha hecho sino cumplir su deber. Y que marche con el escuadrón a situarse a retaguardia del ejército, sin entrar en la «batalla»."

Comunicada esta orden, Lavalle, Ramos y Olazábal fueron a incorporarse al Regimiento.

El ejército Unido, fuerte de cinco mil hombres de las tres armas, estaba distribuido de la manera siguiente: El general San Martín se reservó la dirección de la caballería. La infantería toda, a las órdenes del benemérito general don Antonio González Balcarce, mayor general del ejército. La derecha, compuesta de los Batallones núm. 11, argentino, coronel don Juan Gregorio de Las Heras, y chilenos núm. 1º de Cazadores de Coquimbo, sargento mayor don Isaac Thompson, e Infantes de la Patria, teniente coronel don José Antonio Bustamante, tenían a su frente a Las Heras. La izquierda, con el bataallón núm. 2 chileno, teniente coronel don José Cáceres; regimiento núm. 8, teniente coronel don Enrique Martínez, y Cazadores de los Andes, teniente coronel don Rudecindo Alvarado, obedecían a este jefe. La reserva, formada del Batallón núm. 7, argentino, comandante don Pedro Conde; chilenos, núm. 1,, comandante Juan de Dios Rivera, y 3º comandante don Agustín López, la mandaba el coronel don Hilarión de la Quintana. En la extrema derecha de la línea se hallaba el famoso Regimiento de Granaderos a caballo, con su coronel don José Matías Zapiola. Y en la izquierda, el coronel don Ramón Freire, con los Cazadores de la escolta del Supremo Director y los Cazadores a caballo de los Andes.

Los enemigos, con un personal de 5.300 hombres de las tres armas, marcharon hacia el Ejército Unido como lo hacen los valientes, con paso firme, ostentando sus banderas desplegadas al toque de sus lucidas bandas de música y demostrando orgullosos que allí estaban los vencedores en "Bailén", vestidos de centro-blanco, desde el botín a la funda del morrión. La derecha del ejército (compuesta de los Regimientos de infantería Concepción, e Infante, y una batería de cuatro piezas, a las órdenes del coronel Ordóñez. El centro, con los Regimientos de la misma arma Burgos y Arequipa e igual número de piezas, lo mandaba el coronel Morla. Y la izquierda, formada de las ocho compañías de Granaderos y Volteadores de esos cuerpos, tenían a su frente al coronel Primo de Rivera, que apoyaba una batería de cuatro piezas.

Esa batería estaba colocada científicamente. Apoyada su izquierda, enfilaba el Ejército Unido, y barría a su frente cuanto se ponía a su alcance.

*

El ejército republicano, sostenida su derecha por la reserva, amenazó caer oblicuamente sobre la derecha enemiga.

Una batería de ocho piezas, mandada por el arrojado comandante don Manuel Blanco Encalada, comandante en jefe de la artillería de Chile, se colocó sobre una pequeña altura, y otra de cuatro piezas en paralelo bajo la conducta del valiente comandante don Pedro Regalado de la Plaza, jefe de la de los Andes. Ambos rompieron sus fuegos con el mejor resultado sobre la línea enemiga.

Las columnas del Ejército Unido descendían de esa posición, arma al brazo y marchaban a paso de vencedores sobre los enemigos. Estos dirigieron un fuego de fusilería y cañón de una manera horrorosa, pero que no detenía el denuedo de los valientes soldados de la patria.

La batería enemiga, colocada en la izquierda, operaba de una manera ventajosa.

En ese momento una fuerte columna de caballería, situada inmediato a ella, signó sobre los Granaderos a caballo que marchaban de frente en columnas por escuadrones.

El de la cabeza, al mando del intrépido comandante don Manuel Escalada, cargó sobre ellos sable en mano. Y apoyado por el escuadrón a las órdenes del valiente comandante don Manuel Medina, los acuchilló hasta inmediato a la boca de los cañones de la batería, donde el nutrido fuego de ella y de las compañías de Granaderos y Volteadores contuvieron su empuje y causaron alguna confusión en sus filas. Pero, instantáneamente reorganizados, y dejando a un lado aquel volcán, siguieron sableando los enemigos hasta la retaguardia de su ejército donde fueron reforzados, e hicieron replegar los dos escuadrones, que se apoyaban en el coronel Zapiola, que impertérrito sostenía esa carga.

Reunidos los granaderos, Zapiola marcha sobre los enemigos, y después de un encarnizado combate, consigue derrotarlos y acuchillarlos en todas direcciones.

La batalla se empeñaba a la bayoneta del modo más sangriento, entre la izquierda del Ejército Unido y la derecha enemiga. El fuego era espantoso. El campo estaba cubierto de cadáveres y heridos. El Ejército Real vino impávido en columnas cerradas, llevando paralelas a su derecha una fuerte masa de caballería.

El acreditado sargento mayor don Manuel Borgoño, con ocho piezas de artillería de Chile, enfilaba con sus certeros fuegos al enemigo, y consiguió con la metralla desordenar la caballería.

No obstante esto y la bravura y los esfuerzos inauditos de los comandantes Alvarado, Martínez y Bustamante, la izquierda del Ejército Unido vaciló y perdió terreno.

El general San Martín, en medio de aquella inmensa lluvia de balas, fija siempre su vista de águila en las menores peripecias de la gran batalla, mandó orden al valiente coronel Quintana cargase a la bayoneta con la "reserva" en sostén de aquellos cuerpos.

El arrojado sargento mayor Thompson, al frente de su bizarro batallón Cazadores de Coquimbo, cayó también a la bayoneta sobre las columnas enemigas.

El encarnizamiento y bravura de ambos ejércitos en aquel momento era sin ejemplo.

La matanza aterradora. ¡La situación suprema!

La Escolta y Cazadores a caballo de los Andes, llevando a su frente al denodado coronel Freire, cargaron también la masa de caballería de la derecha enemiga. Y fueron cargados en ataques sucesivos.

El siempre intrépido e inalterable coronel Las Heras, con su inolvidable Batallón núm. 11, que doquiera se presentaba como un muro, sostenía en la derecha el empuje obstinado de la izquierda enemiga.

*

Tres horas sin tregua, de pelear cuerpo a cuerpo con diferentes peripecas, sobre el campo empapado en sangre y montones de cadáveres, coronaron al fin con la victoria en aquella posición el denuedo heroico del ejército argentino-chileno.

No hay temor de exagerar. Jamás las armas españolas en América fueron sostenidas con tanto valor y consumada ciencia en la guerra como aquel día de inmarcesible timbre para argentinos y chilenos, pudiendo decir con orgullo cada uno de los soldados del rey que allí se hallaron: ¡Yo fui de los vencidos de Maipú!

*

El ejército enemigo estaba roto, pero aun dispuesto a hacer el último esfuerzo.

En confusión, pero sin desorganizarse y peleando con el mismo encarnizamiento, se puso en retirada hacia la hacienda de "Espejo", mientras que la caballería del Ejército Unido acuchillaba en todas direcciones la enemiga.

Al fin logró tomar posición en un "cerrillo" y en las casas de "Espejo", en donde se renovó por más de dos horas la más tenaz y encarnizada lucha.

La "hacienda" de Espejo estaba rodeada de paredes de "tapia" de dos varas de alto, y grandes cercados de "ramas'. Frente a la casa, situada en una altura, tenía un callejón, única entrada como de ochocientas varas de prolongación.

El general Osorio colocó en la plazoleta frente a la casa como quinientos infantes y dos piezas de artillería, que lanzaban la muerte a cuanto se presentaba a su frente.

Los Batallones chilenos núm. 3 e Infantes de la Patria, y parte del núm. 7 y 8 argentinos sostenían un riguroso combate.

El intrépido núm. 1º de Coquimbo, llevando a su frente al arrojado sargento mayor Thompson, entró arma al brazo por el callejón en dirección a las casas. En su trayecto dejó tendidos, hechos trizas por la metralla en su mayor parte, más de doscientos cincuenta de sus heroicos soldados.

Simultáneamente el renombrado coronel Las Heras, con su Batallón núm. 11, cargaba saltando "tapias" bajo un fuego mortífero. Y ambos Batallones despedazaron a la bayoneta cuanto encontraron en la plazoleta de la casa.

El experimentado coronel Zapiola, con los granaderos a caballo entraba también sable en mano por el callejón bajo el terrible fuego que lo despedazaba, acuchillando en la "quinta" y "potreros" a los que tenazmente aún disputaban la victoria.

La artillería de Chile, dirigida por el esforzado Blanco Encalada y por Borgoño, operaba brillantemente sobre las fuerzas en el Cerrito.

En esta situación, el general Osorio abandonó el campo con unos doscientos hombres de su escolta, y se puso en precipitada fuga, debiendo su salvación a la confusión de aquel momento.

El coronel Rodil, que tan célebre fama de valiente adquirió mandando las Fortalezas del Callao después de la memorable batalla de Ayacucho, se salvó también con un trozo del batallón de "Arequipa", no obstante la tenaz persecución del arrojado capitán del batallón núm. 8, don Félix de Olazábal.

*

Como a las seis de la tarde el ejército Real, mutilado completamente, rindió sus armas.

El coronel Zapiola mandaba en esos momentos al ayudante Olazábal a intimar rendición a una columna de infantería fuerte de más de cuatrocientos hombres, que se hallaba en posesión de un cerrillo. Los oficiales que la mandaban se prestaron a deponerlas. Pero la tropa se resistía, y amenazó la vida del ayudante. Al fin, como la situación era de un peligro inminente para ellos, tuvieron que ceder, formando pabellones, y descender hasta donde se encontraba el coronel, quien le ordenó los condujese a presentarlos al general.

Después de alguna dificultad para encontrarle, por haber oscurecido, dio con él. Se hallaba recostado sobre un poncho en el suelo,

descansando de las fatigas de aquel día supremo, al costado de un pequeño rancho, del lado de afuera. A un costado estaba el ilustre Supremo Director de la República, brigadier general O'Higgins, que, no obstante su grave herida de bala, recibida la noche del 19 de marzo en Cancha Rayada, había corrido desde la capital al campo del honor, adonde se decidieran los destinos de su patria y la gloria de su caro amigo. Allí estaba también el esclarecido brigadier general Balcarce, que con tanto denuedo tuvo una parte muy principal en aquel día.

Tan luego como el ayudante lo informó del objeto que lo llevaba a su presencia, le dijo: "Bien, Olazábal, condúzcalos usted al depósito de prisioneros. Y dígale usted a Zapiola que en cuanto amanezca marche con el Regimiento en persecución de Osorio". A cuyas órdenes dio cumplimiento.

*

El resultado de esta esplendorosa e inmortal batalla fue: cuatro banderas, que ostenta la Catedral de la heroica Buenos Aires. Prisioneros todos los generales; doscientos oficiales, incluso la mayor parte de los jefes de los cuerpos, y tres mil soldados. En el campo de batalla quedaron tendidos dos mil cadáveres. Toda la artillería; parque, la caja militar, hospital y sus dependencias, etc., fueron trofeos que coronaron la victoria.

Del Ejército Unido hubo que lamentar más de mil hombres, entre muertos y heridos. Entre los primeros, al valiente comandante Boedo y varios oficiales, y no pocos de los segundos.

Difícil sería consignar los inauditos esfuerzos de cada uno de los cuerpos del Ejército Unido, ni los simultáneos de los jefes y oficiales en particular, cuyos nombres serán inmortales.

Nada hay más elocuente para enaltecer esta gran batalla, que considerar que, de diez mil trescientos hombres que allí lucharon de ambos ejércitos, quedaron entre muertos y heridos más de tres mil.

Los jefes y oficiales del ejército de los Andes fueron condecorados por el Supremo Director de la República Argentina con los "cordones de plata de honor" y con un grado, y fueron declarados "beneméritos a la Patria en grado heroico". El Supremo Director de la República de Chile los *condecoró* con una medalla de plata como *dignos defenores de la Libertad Nacional,* con esta inscripción: "*Chile reconocido al valor y constancia de los vencedores de Maipo, abril 5 de 1818*". Y decretó la erección de un *monumento* que transmitiera a la posteridad tan inmarcesible timbre.

Al través de cuarenta y seis años de aquel día, de tanto batallar hasta el Ecuador para dar la libertad a un mundo, y de la guerra fra-

tricida por que ha pasado la República, apenas quedarán en pie, simbolizando tanta gloria, *una docena* de los jefes y oficiales que escalaron los nevados Andes con el *Gran Capitán*.

No son menos dignos de memoria los esfuerzos, actividad e inteligencia con que cooperó el distinguido diplomático coronel don Tomás Guido, representante del gobierno argentino cerca del de Chile, en aquellos días de angustia, para el triunfo de las armas del Ejército Unido.

6

SEGUNDA CAMPAÑA

Del Ejército de los Andes-Chileno al Sur de la República.
Abril 6 de 1818

La espléndida batalla de Maipo, que coronó los esfuerzos del ejército Unido de los Andes-Chileno, mandado por el Generalísimo don José de San Martín, el inmarcesible 5 de abril de 1818, ganada al ejército Real que tenía a su frente al general don Mariano Osorio, presentaba en aquella hermosa planicie en que habían combatido más de diez mil guerreros, cuerpo a cuerpo, por espacio de siete horas, la resolución incontrastable de vencer o morir con que los soldados de la libertad ponían como un muro sus pechos a las bayonetas de los vencedores dieciocho días antes en Cancha Rayada.

Por doquiera que se tendía la vista en aquella vasta superficie, se notaban los efectos de aquel día supremo en que debían decidirse los destinos de un mundo.

El campo aun humeaba empapado en sangre. Más de dos mil cadáveres de ambos ejércitos señalaban elocuentemente el arrojo de aquellos valientes; cañones abandonados por los vencidos, armamento de toda especie, todo el material del ejército Real se veía esparcido. Los innumerables heridos recibían el primer tratamiento de los cirujanos. Los soldados de la Patria, al derredor de los fogones en que habían vivaqueda esa noche, tendidos de fatiga, con el rostro irradiante y cubierto de polvo, se contaban sus hazañas y entonaban el himno nacional.

La gran Capital de Santiago, a tres leguas de distancia, atronaba el espacio con el estampido del cañón y el tañir de las campanas.

*

El coronel del Regimiento de Granaderos a caballo don José Matías Zapiola, en cumplimiento de la orden del general San Martín, recibida por conducto del ayudante mayor don Manuel de Olazábal, para de madrugada perseguir la fuga del general Osorio, se puso en marcha en la mañana del seis, cruzando aquel campo en que sus famosos Granaderos acababan de hacer proezas.

Después de pasar el ancho y correntoso río Maipo, campó en una

hermosa *hacienda* con grandes alfalfares para las caballadas extenuadas de la fatiga del día anterior.

Allí se hallaba el capitán del batallón núm. 8, don Félix de Olazabal, que con su compañía desde el campo de batalla en las casas de "Espejo" había perseguido con arrojo al coronel Rodil sin poderle dar caza.

A la tarde se continuó la marcha en dirección a la ciudad de Talca, a donde llegó a los cinco o seis días.

La ciudad estaba casi desierta, y en la Iglesia de la Merced se encontraron infinidad de baúles que habían tenido los equipajes: camas de campaña, imprenta y porción de objetos del ejército Real, que habían quedado allí en depósito, en su tránsito para la Capital; pero todo saqueado por los dispersos y el paisanaje de las inmediaciones, que al saber la derrota se agolparon allí.

Entre todo esto, halló el ayudante Olazábal el *catre cofre* (como de campaña) del general San Martín, perdido en la noche del 19 de marzo en Cancha Rayada, el que conoció por tener en la tapa su nombre y ser el único que lo llevaba.

Aquella cama, que sin duda habría sido tirada cien veces por los mercaderes, pues estaba descerrajada, contenía un "secreto" arreglado por el capitán de artillería don Luis Beltrán, fraile franciscano mendocino y hombre de un talento superior, en que había 300 onzas de oro, de cuyo depósito ignoró Olazábal, no obstante haber estado en su poder varios días, con conocimiento del coronel Zapiola, a quien avisó, hasta que lo remitió al general.

En el año de 1819, recién supo en Mendoza, por el mismo general, el secreto de las onzas.

*

A la llegada del coronel Zapiola a esta ciudad, fue instruido de una manera cierta de que el general Osorio y los dispersos habían repasado el caudaloso río *Maule* en dirección a las plazas fuertes de *Talcahuano*. Y, en consecuencia, la persecución era sin objeto. Así fue que campó allí, hasta recibir nuevas órdenes del general, sin dudar que las recibiría para permanecer allí, porque no pasó adelante y se dedicó a todo cuanto podía contribuir a que las familias volviesen a sus hogares y a poner las cosas en su orden normal.

Infatigable en todo cuanto fuese en bien de la patria, abrió negociaciones reservadas con el general Sánchez, que aparecía al mando del ejército *Real*, que nuevamente se organizaba por "Concepción", compuesto de los dispersos de "Maypo", un batallón del Regimiento "Numancia" llegado a "Talcahuano", los *indios araucanos* con el cacique Benancio y cuanto rezagado se halló a su alcance, formando un personal como de 2.600 hombres y una batería de seis piezas.

Esas negociaciones se dirigían a que Sánchez desconociese la autoridad del rey, sometiéndose al gobierno de la República, o que abandonase el país con sus fuerzas, para lo que se le hacían los más lisonjeros ofrecimientos.

Las negociaciones seguían con el mejor aspecto, según se decía en reserva, cuando inesperadamente recibió orden el coronel de abrir las operaciones sobre Sánchez, marchando hacia Bío-Bío.

Zapiola, con sólo el Regimiento de granaderos a caballo, fuerte como de 700 plazas, levantó su campamento a fin de agosto y se dirigió hacia los enemigos.

Tan luego como el general Sánchez supo esta marcha, y creyendo probablemente que las fuerzas que iban sobre él serían en mayor número, se corrió por la margen norte del río "Ñuble" hacia los Andes, y lo pasó en dirección a la ciudad de "Chillán", célebre por sus *Padres de la Buena Muerte*, realistas consumados.

En su marcha, llevaba arrastradas por las fuerzas las monjas de la ciudad de Concepción, que hacía marchar a pie custodiadas por soldados.

Asimismo cargó con cuanto contenían las iglesias y con los inofensivos habitantes a su alcance.

El coronel Zapiola, siempre orgulloso con sus granaderos, pasó el Ñuble casi a nado por un vado falso, más abajo, como los leguas, sosteniendo una fuertísima guerrilla, en que fueron acuchillados los enemigos en la banda opuesta.

Sánchez, que ocupaba a Chillán, se puso en retirada hacia el pueblo de los "Angeles", llevando consigo los famosos frailes, cuanto había en el rico convento, y a más, los habitantes con lo mejor que poseían.

Como a cuatro leguas de distancia campó y despachó para los Angeles la mayor parte del inmenso tráfago que lo abrumaba.

Cuando Zapiola entró a la ciudad, estaba casi desierta. El hermoso convento de los padres se halló provisto, para sus rigurosas vigilias, de una abundante "despensa", una copiosa "bodega" de exquisitos vinos y una "quinta" llena de verdura.

No faltó un sacrílego oficial del regimiento, llamado Pastoriza (religioso Betlemita), que pusiese fuego a los claustros, que tomó mucho cuerpo y fue necesario gran trabajo para sofocar después de devorar alguna parte del edificio.

Esto provino de que se difundió la noticia que los Padres, antes de su fuga, habían hecho "envenenar" las bebidas espirituosas que estaban en las casas de negocios que habían sido abandonadas.

*

Al siguiente día de estar allí, el coronel Zapiola ordenó al capitán Olazábal marchara con su compañía a practicar un reconocimiento en dirección a los enemigos.

Poco más de dos leguas había marchado, cuando de atrás de un pequeño monte se encontró con la vanguardia enemiga, de unos 150 tiradores a caballo, a la que después de un pequeño tiroteo, en que se aseguró no había más fuerza, cargó y acuchilló matándoles catorce hombres y tomando siete prisioneros.

Por éstos supo que Sánchez, con el ejército, se movía sobre Chillán, habiendo despachado para los Angeles todas las familiias y cargueríos.

En vista de esto se puso en retirada, anticipando aviso al coronel de lo que había ocurrido y la disposición que tomaba.

Cuando se incorporó al Regimiento, se divisaba a lo lejos la polvareda levantada por la columna enemiga.

Zapiola marchó hacia el paso real del Ñuble, que dista de Chillán unas tres leguas, dejando en observación al capitán don Gregorio Millán con su compañía.

Al día siguiente de madrugada los Granaderos pasaron el río casi a nado, en donde se incorporó el teniente de artillería de los Andes, don José Olavarría, con dos piezas de campaña.

Recién se concluía el pasaje, cuando se vio venir en fuga completa a Millán, con su compañía y como 300 enemigos sobre él hasta estrecharlo sobre la barranca, en donde lo habrían acuchillado a mansalva, si el arrojado teniente Caxaravilla con unos cincuenta granaderos no hubiese vuelto cara y con el mayor denuedo los cargase hasta rechazarlo y ponerlo en fuga, matándoles unos cuantos.

El fuego certero de los dos cañones contribuyó en mucha parte a este feliz resultado.

*

La operación de Sánchez viniendo sobre Zapiola demostraba que estaba dispuesto a batirse desde que contaba con la superioridad numérica.

El coronel continuó la marcha en dirección al pueblo del "Parral" a donde llegó, y campó a esperar órdenes.

Allí permaneció hasta que llegó el brigadier general don Antonio González Balcarce, nombrado general en jefe del ejército del *Sud,* cuya denominación se dio a las fuerzas que debían abrir la campaña sobre Sánchez, que llamaba seriamente la atención.

Lo acompañaba como jefe de Estado Mayor, el general colombiano don Juan Paz del Castillo, que recién llegaba de aquella República a Santiago de Chile.

El personal del ejército se compuso del Regimiento de Granaderos a caballo, los batallones de Cazadores de los Andes, coronel don Rudecindo Alvarado, Chilenos Cazadores de Coquimbo, coronel Isaac Thompson, núm. 3, coronel López y seis piezas volantes. El todo ascendía a 2.500 plazas.

No se supo el motivo por qué el benemérito coronel Zapiola había obtenido permiso para dejar el mando del Regimiento, cuyas armas había llevado triunfantes desde los muros de Montevideo en 1814, y regresar a Buenos Aires. Su separación causó un hondo pesar en todos.

El coronel don Manuel Escalada, que recién llegaba de aquella capital a donde había ido con el parte de la inmortal victoria de la batalla de Maipo, fue nombrado jefe del Regimiento, y de sargento mayor el valiente don Angel Pacheco.

Organizado el ejército, abrió la campaña en diciembre en dirección al *Ñuble*, en donde se hallaba campado Sánchez, aparentando estar dispuesto a aceptar una batalla tan luego como los patriotas la iniciasen.

Apenas tuvo conocimiento de esta operación, repasó el río y se dirigió al pueblo de *Los Angeles*, de donde hizo lo siguiese todo el vecindario con lo mejor de sus intereses, y fue a tomar posición en el paso del caudaloso *Bío-Bío*, frente a la fortaleza *Nacimiento*, situada al sud de la margen de este río, en donde había colocado piezas de grueso calibre cuyos fuegos se cruzaban.

Desde el día antes el general había nombrado al coronel Escalada para que, adelantándose con el Regimiento, picase la retaguardia de los enemigos.

Tantas eran las familias y *acémilas* que había acumulado el ejército Real, que entorpeciendo su marcha dio lugar a que al pasar un *desfiladero*, Escalada mandase al capitán Olazábal que con 20 hombres cargase a un grupo que a lo lejos se divisaba aun no lo había verificado.

Este se componía de las desgraciadas *monjas*, a pie, y muchos cargueros, a los que custodiaban unos 50 soldados, que al verse amagados rompieron un vivo tiroteo, sin que por eso privasen se les tomara una sirvienta de los *monjas* y cuatro cargueros que el capitán regaló a la tropa, en los que se hallaron muchas alhajas de plata, como *incensorias, candelabros, ciriales, coronas, etc., casullas, alzas, frontales* y cosas por el estilo.

*

Al día siguiente marcharon con sus compañías los capitanes don José M. Rivera y Olazábal, al paraje nombrado *Santa-Fe*, a batir una fuerza enemiga de 200 lanceros que no habían tenido tiempo de incorporarse a su ejército.

Cuando los españoles vieron a su frente a los Granaderos a caballo, aceptaron el combate. Ambas fuerzas fueron a la carga con el mayor ímpetu y cruzaron sus armas; pero, no obtante el esfuerzo de los lanceros, fueron desorganizados y acuchillados entre el monte que tenían inmediato a retaguardia, matándoles 19 hombres y tomando 9 prisioneros.

Concluida esta operación, las dos compañías volvieron a incorporarse al Regimiento, que marchaba estrechando a Sánchez, que llegaba a *Bío-Bío.*

Luego que estuvo allí, principió a hacer pasar, en botes que tenía preparados, sus fuerzas, familias y carguerío, con una precipitación y desorden tal, que el que andaba más listo era el que se embarcaba.

El valiente coronel Escalada llegó con el Regimiento hasta colocarse a medio tiro de fusil, sufriendo un nutrido fuego de esta arma y de cañón, sin poder cargar al enemigo por la espesura del monte, que le impedía desplegar la columna por mitades en que estaba formado.

Vista la imposibilidad de permanecer así, mandó echar pie a tierra una compañía que se dispersó en *tiradores* y rompió sus fuegos con tan buen resultado que los enemigos y familias formaron una masa compacta sobre el paso del río para pasarlo cada cual como podía, pero sin apagar sus fuegos.

Entretanto, mandó pedir al general Balcarce, que se aproximaba, le enviara un *batallón* a toda prisa porque sin eso era imposible hacer nada ventajoso, por el fuego de fusilería y cañón que lo acribillaba.

Para evitar esto, el Regimiento pasó a situarse detrás de un pequeño *médano* que se ofrecía en el monte, continuando la compañía en guerrilla.

Apenas se colocó allí, cuando una bala de cañón atravesó por el cuadril, dejando sin vida pocos momentos después al valiente joven don Alejandro Bruix, ayudante del coronel. Este oficial era hijo del almirante que condujo a Egipto a Napoleón el grande, y había llegado a Chile a reunirse con su hermano, el intrépido capitán de granaderos don Alejo. Su muerte fue sentido por todos.

El coronel don Rudecindo Alvarado llegó a media tarde a marcha forzada con su batallón de Cazadores de los Andes.

En el acto, no obstante la fatiga de aquellos arrojados soldados, fue tendido en tiradores medio batallón, y principió estrechando al enemigo, y dificultando cada vez más el pasaje.

Como dos horas duraba esta situación en que el inepto y aturdido Sánchez había logado pasar la mayor parte de su fuerza, cuando

Alvarado y Escalada fueron a la carga sobre el paso, cada uno de la manera que el terreno lo permitía.

Los enemigos hicieron una tenaz resistencia, pero en tal confusión, que no pudieron resistir el empuje de los soldados de la patria.

Quedaron en el campo más de 200 prisioneros, entre ellos muchos heridos, y como 80 muertos, sin contar los ahogados.

Los cazadores y granaderos tuvieron unos 40 hombres entre muerto y heridos.

El campichuelo y montes quedaron cubiertos de armamento, municiones, dos cañones e infinidad de cargueros.

Difícil es creer que un general español, que se jactaba de hacer la guerra bajo los principios de las naciones civilizadas, tuviese un corazón de hiena para haber obligado a tantas familias inermes a abandonar sus hogares e intereses, para seguir la suerte de sus armas.

El espectáculo que allí se presentaba era en extremo afligente. Aglomeradas las virtuosas *monjas* e infinidad de familias, de las que no pocas estaban heridas, y lloraban otras la pérdida de algunos deudos a quienes habían visto ahogarse, o que habían pasado a la banda opuesta sin que el tumulto les hubiese permitido seguir, no puede describirse.

No obstante las medidas activas que se tomaron para reunir y devolver, a las *iglesias* especialmente, la inmensidad de alhajas que sirvieron de "botín" a la tropa en el desparramo de tantos carguerios, no pudo evitarse la pérdida de muchísimas de ellas que se ocultaron. ¡El solo sargento de granaderos a caballo, Manuel Araya, tomó en dinero y alhajas como 4.000 pesos!

Los coroneles Alvarado y Escalada y demás jefes y oficiales, nada omitieron para consolar y que fuesen respetadas aquellas ilustres víctimas de la libertad de un gran pueblo.

Más de 400 serían las personas del sexo femenino que allí se reunieron. El capitán Olazábal fue nombrado por el coronel para custodiarlas con su compañía.

Como entraba la noche y aun llegaban las balas de cañón de la banda opueta, fue necesario tomar posesión de una hondonada tras del monte, y allí, formando un grupo compacto y rodeadas de centinelas, pasaron aquella situación tendidas en el suelo y sin más alimento que sus lágrimas.

Completado el triunfo de los patriotas, los cazadores y granaderos salieron a vivaquear fuera del monte.

*

Al siguiente día, reunido el ejército, el general Balcarce dispuso la restitución a sus hogares de las *monjas* y *familias,* proporcionándoles cuanto era posible en las circunstancias.

Siendo imposible pasar allí el *Bío-Bío* bajo los fuegos de la artillería y en sólo dos botes que se habían tomado, el ejército se corrió al poniente como dos leguas abajo de *Nacimiento* para verificarlo.

Como esta operación se hiciese de noche, para que no fuese sentida por el enemigo, con cuyo objeto también se ordenó no fumar y observar el mayor silencio, no es posible dejar de consignar la célebre orden que impartió el jefe de Estado Mayor, general Paz del Castillo.

Al emprender la marcha el ejército, las *mulas* que llevaban empleadas en el servicio de las distintas reparticiones, principiaron a *relinchar* como generalmente sucede. Paz del Castillo, terriblemente enfurecido de aquella *insubordinación* que podía hacer conocer el movimiento, mandó inmediatamente todos sus ayudantes repetidas veces con la orden de hacer callar las *mulas.* ¡Y éste era general!

*

Tomada la posición en el punto que se había acordado para pasar el río, el general dispuso se construyeran unos *botes* de cuero, que con los dos pequeños que se habían tomado sirvieran para el pasaje del ejército.

Concluida esta operación el día después en la noche, fue nombrado el valiente capitán de cazadores de los Andes, don Luciano Salvadores, para pasar con su compañía a proteger la dificultad con que debía realizarlo el ejército en aquellos botes que no permitían el menor movimiento sin correr el riesgo de volcarse.

Colocada la compañía en la banda sud, los granaderos a caballo siguieron la operación con grandes inconvenientes, especialmente para pasar la caballada, que tenía que hacerlo a nado, en un río tan correntoso y ancho.

Cuando el día apareció, el Regimiento estaba a caballo, y pronto para toda eventualidad. En este estado, y al principiar el ejército el pasaje, Escalada marchó fuera del monte hacia *Nacimiento,* para verificar el reconocimiento de las cercanías por si había enemigos.

Apenas una legua habría andado, cuando una partida que marchaba de vanguardia se encontró con una masa de indios araucanos, fuerte de más de 400 hombres, a quien principió a tirotear en retirada dando parte al coronel.

Las ondulaciones del terreno no habían permitido a los indios descubrir el Regimiento. Así fue que vinieron tras la partida con toda

la velocidad de sus buenos caballos, y en el desorden que acostumbraban.

El coronel mandó en el acto al frente en *batalla,* y apareció sobre la colina que lo ocultaba marchando a gran galope a encontrarse con ellos.

La sorpresa de los indios fue inmensa al verse con los granaderos encima, pues era lo que menos esperaban, y contuvieron sus caballos prorrumpiendo en una gritería que atronaba.

Sin embargo no desmintieron el arrojo que les acredita la historia desde la conquista, y fueron a la carga con el mayor empuje con sus largas lanza de *Coligüe* de seis y siete varas de largo.

Los orgullosos granaderos a caballo hicieron sentir sobre sus cabezas desmelenadas el filo de sus sables, y después de una encarnizada lucha volvieron caras poniéndose en fuga y peleando desesperadamente hasta una larga distancia, en que se tocó reunión y paró la persecución.

La indiada perdió unos cuarenta muertos, y los granaderos ocho, entre muertos y heridos.

*

Este triunfo completo contribuyó sin duda para que Sánchez abandonase la fortaleza de *Nacimiento,* cuya posición le habría sido tan ventajosa para dar una batalla, y se internó con sus tropas a los desiertos de *Arauco,* adonde era imposible seguirlo.

Al siguiente día de aquel encuentro, el general Balcarce se incorporó a los granaderos después de inmensos esfuerzos para el pasaje del río, y continuó la marcha para la fortaleza, en donde sólo se halló la artillería clavada, algunos artículos de guerra inutilizados, y una gran partida de azúcar de pilón (panes) de Lima, que distribuyó al ejército.

Unos cuantos días permaneció allí, en los que recibió invitación del cacique Benancio y otros para tratar de la paz.

Aceptada la indicación, fueron muchos de ellos a *parlamentar* con el general, con quien ajustaron una paz perpetua.

Mucha fue la moderación de que tuvo que hacer uso, para soportar los pedidos y majaderías de aquellos *plenipotenciarios,* que poco faltaba para estar completamente desnudos, con el cuerpo pintado de colores y gran melena, a quienes fue preciso que regalara hasta las *charreteras* que le pidieron.

Por ellos supo el general que Sánchez se dirigía hacia *Valdivia.*

Habiendo terminado la campaña, y siendo innecesaria la permanencia del ejército en el territorio *Araucano,* repasó el *Bío-Bío* a la margen norte, y los Cazadores de los Andes y Granaderos a caballo

marcharon hacia la capital de Santiago en dirección a la ciudad de Curimón en el valle de Aconcagua. La fuerzas de Chile quedaron encargadas de la frontera al mando del general don Ramón Freire.

A principios de abril (1819) llegaron esos dos cuerpos a Curimón, donde se hallaban el batallón núm. 8 de los Andes y Cazadores a caballo.

El general San Martín había pasado por el camino de Uspallata a Mendoza para continuar a Buenos Aires, en busca de recursos para llevar a cabo su gigante pensamiento de dar la libertad al Perú.

7

1 8 1 9

Repaso de los Andes

TERMINADA gloriosamente en 1819, la segunda Campaña al sud de Chile hasta *Arauco,* por una parte del ejército Unido de los Andes-Chileno, al mando del brigadier general don Antonio González Balcarce, contra el ejército *Real* que tenía a su frente al general Sánchez, el batallón 1º de Cazadores, coronel don Rudecindo Alvarado, y el Regimiento de Granaderos a caballo, el de la misma clase don Manuel Escalada, que en abril habían llegado a *Curimón* en el Valle de *Aconcagua,* recibieron orden del general en jefe don José de San Martín, desde la ciudad de Mendoza, adonde se había trasladado poco antes, de repasar los *Andes* e incorporársele.

Igual orden recibió el coronel don Mariano Necochea para verificarlo con su Regimiento de Cazadores a Caballo, que se hallaba allí acampado.

Efectivamente, a mediados de mayo estos tres cuerpos lo efectuaron por el camino de *Uspallata* y llegaron a Mendoza, menos el 4º Escuadrón de granaderos, que quedó en *Curimón* a las órdenes del comandante don Benjamín Viel.

En ese inter, el general Balcarce había marchado para Buenos Aires a reparar su salud quebrantada por largos años de campaña, de cuyos resultados murió tan esclarecido patriota el 9 de agosto de ese año 1819, dejando así un gran vacío en las filas de los libres.

Desde Mendoza los siguieron para la misma capital el coronel Escalada y el sargento mayor don Angel Pacheco, tomando el mando del Regimiento el comandante don Nicasio Ramallo, y el sargento mayor don Juan O'Brien la mayoría.

El Batallón de Cazadores fue desitnado a San Juan, a remontarse con los *reclutas* que proporcionaría en gran número aquella benemérita como patriótica provincia.

A principios de agosto, el general San Martín se puso en viaje para la capital de Buenos Aires.

El coronel Necochea recibió orden de permanecer en Mendoza para completar la fuerza numérica de su Regimiento con los hijos de

aquella *tierra*, célebre en la historia argentina por sus sacrificios sin medida, para poder decir orgullosa: *aquí fue la cuna de la Libertad de Chile.*

En septiembre marcharon los Granaderos a caballo a la ciudad de San Luis, en donde encontraron al general San Martín, que había suspendido su viaje por una penosa enfermedad.

No es bastante a demostrar el entusiasmo de aquella renombrada provincia que tantos y tan valientes dio de sus hijos en la guerra de la Independencia.

Aun no hacía tres meses de estar allí aquel Regimiento cuando más de *trescientos voluntarios,* y cien destinados hicieron subir su personal a 800 hombres.

*

Varios jóvenes de las primeras familias ingresaron de oficiales, entre los que se contó el alférez de milicias don Juan Pascual Pringles, en la compañía del capitán Manuel de Olazábal.

Siente el corazón una expansión indefinida al conmemorar un hecho heroico de aquellos guerreros, que en la lucha de la libertad de medio *mundo* ilustraron las armas argentinas en su gloriosa *epopeya militar.*

Cuando el Ejército Unido de los Andes-Chileno, libertador del Perú, se reembarcó en *Pisco* a fines de septiembre de 1820, fue a desembarcar en *Huacho,* en donde el *Protector,* Generalísimo don José de San Martín, estableció su gran *cuartel general.*

Desde ese punto mandó el teniente Pringles (que ya había obtenido ese empleo) con *treinta* Granaderos a caballo, con orden de adelantarse hasta *Chancay* para observar los movimientos del ejército de la *Capital de Lima.*

En su marcha, imprevistamente, fue cargado este oficial en *Pescadores,* a orillas del *Pacífico,* por dos escuadrones de caballería españoles, mandados por el valiente brigadier Valdez.

Impertérrito Pringles, sin tener en cuenta la inferioridad numérica de su fuerza, los cargó con inaudito denuedo, luchando cuerpo a cuerpo hasta ver tendidos en el campo *dos tercios* de su tropa y puestos fuera de combate mayor número de los *Realistas.*

Pero Pringles, con sus heroicos granaderos, rodeados por los enemigos, y sin la menor esperanza de vencer, atropelló sable en mano el círculo de hierro que lo oprimía, y abriéndose paso fue a lanzarse al *Océano* a *morir* con sus compañeros antes que rendir las armas que la Patria le confiara.

Esta abnegación *sublime* conmovió de tal modo la caballerosidad del general Valdez y otros jefes, que lo siguieron hasta la orilla del

mar, desde donde le protestaron respeto a los *bravos* y protección a su desgracia.

Pringles, dando fe a la palabra de un general español, salió del agua en los momentos que la furia de las *olas* le arrastraba a la muerte con sus compañeros, y se entregó prisionero, pero con la calidad de *conservar* sus armas.

El general Valdez lo remitió a Lima a disposición del *virrey* general don Joaquín de la Pezuela, instruyéndolo encomiásticamente del singular arrojo de aquel oficiial y sus granaderos.

El Virrey, justo apreciador de los valientes y adquiriendo un timbre de gratitud para los libres, lo puso en el acto en *franquicia* con sus soldados, y lo remitió al ejército, ordenando la asistencia *esmerada* de los primeros heridos.

Con tal motivo escribió también al *Protector,* manifestándole la excepción en favor de Pringles por su bizarra comportación.

San Martín correspondió constantemente con elevada dignidad a la hidalguía del virrey Pezuela.

El Ejército Unido libertador recibió a Pringles y sus héroes formando *Gran Parada.*

El Protector, enajenado de entusiasmo por el denuedo de aquellos renombrados granaderos a caballo que él había fundado en 1812, y por el brillo de las armas del ejército, decretó un *Escudo de Honor* para señalarlos por su celebridad, a los *héroes* de aquella jornada con el lema siguiente: *"La Patria a los vencidos en Pescadores".*

Esto sucedía en enero de 1821.

Un mes después, el coronel don Tomás Guido (hoy brigadier general), primer edecán y secretario privado del Protector, fue enviado a Lima en parlamento, cerca del virrey Pezuela.

El general Valdez fue nombrado para las conferencias.

En un momento de "familiaridad" Valdez recordó con grande admiración la intrepidez de Pringles y sus granaderos, y con *militar llaneza* dijo a Guido: "¡Si ustedes trajeran en el ejército mil hombres como esos, tendría el ejército español que tocar *retirada*!

Esto es cuanto se puede encomiar el valor de un soldado, mucho más si se atiende a la competencia del que sí juzgaba, y que el ejército *Real* en el *alto* y *bajo* Perú, constaba de "veinte y dos mil" guerreros, que cien veces habían acreditado el temple de sus armas.

*

Sigamos la narración que se había interrumpido.

La situación de las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1819, época en que íbamos hablando, se hacía cada día más embarazosa para el Supremo Director general don José Rondeau, que amenazado por las fuerzas de las provincias de Santa Fe y Entre Ríos, al

mando de sus generales don Estanislao López y don Francisco Ramírez, puestos en rebelión contra la autoridad Nacional se hallaban sobre la provincia de Buenos Aires.

Para repeler esta invasión, había anticipado órdenes al general en jefe del ejército del alto Perú, brigadier don Manuel Belgrano, que se hallaba campado en las inmediaciones de Córdoba, marchase sobre Santa Fe.

Simultáneamente el Director salió de la Capital y fue a situarse en San Nicolás con todas las fuerzas que por el momento pudo reunir.

El general Belgrano, agobiado de una grave enfermedad, y afectado su esclarecido patriotismo por la perspectiva de las circunstancias, se retiró a Tucumán entregando el mando del ejército a su mayor general don Francisco de la Cruz.

Este, en cumplimiento de las órdenes recibidas, marchó hasta la *Posta de Arequito,* adonde llegó en los primeros días de enero de 1820.

En la noche del día que campó allí, estalló un *motín* encabezado por el general don Juan Bautista Bustos, que fue puesto a la cabeza del ejército, deponiendo y prendiendo a Cruz con varios jefes.

Inmediatamente después de entenderse con los invasores, regresó con las tropas a Córdoba.

Este tan benemérito ejército, que desde 1810 había sido el muro de acero con que la patria había afrontado en cien batallas el poder de los ejércitos españoles, y que se podía estimar en cerca de tres mil hombres, sólo sirvió desde entonces para *escolta* de la persona de Bustos, que se hizo elegir gobernador de Córdoba.

Estacionado allí, con el germen de la insubordinación y la anarquía, sin *prest* y sin *entretenimiento* de ninguna clase, se disolvió casi completamente.

Así se perdió ese núcleo de guerreros, que simultáneamente con los de los Andes y Chile con San Martín, debieron operar por el Alto Perú la libertad de un mundo.

*

El general San Martín, que por enfermo había regresado a Mendoza pocos días antes de estos sucesos, dejando los Granaderos a caballo en San Luis completando su organización, recibió orden también del Director de marchar sobre Santa Fe con este cuerpo, el batallón de Cazadores que permanecía en San Juan y los Cazadores a caballo que estaban en Mendoza.

Incontrastable San Martín en su propósito de jamás desenvainar el *sable* en guerras *fratricidas,* y a la mira siempre de su gran pensamiento de lanzarse *allende* el *Pacífico* para hacer flamear el pabellón

de Mayo a *mil quinientas leguas del Plata* hasta el *Ecuador*, echó mano de todos sus *ardides* para entorpecer la marcha y no concurrir.

*

Pocos días bastaron para acreditar elocuentemente la elevada previsión de aquel preclaro guerrero.

Si él hubiese marchado contra Santa Fe, difícilmente habría evitado el contagio de desmoralización que se propagaba en muchas provincias.

Tan luego como llegó a su conocimiento la sublevación del ejército en *Arequito*, partió para Chile, ordenando al coronel don Rudecindo Alvarado, que se hallaba en Mendoza, lo siguiera sin pérdida de tiempo con los tres cuerpos del ejército de los Andes.

Transmitidas las órdenes para la marcha, y recibidas por el teniente coronel don Severo García Sequeira, que se hallaba al mando del Batallón de Cazadores en San Juan, dispuso todo lo conveniente para realizarla.

La anarquía habíai nvadido también las innobles aspiraciones de los *infames* sargento mayor graduado Mendizábal, capitán Francisco Solano Corro, y teniente Pablo Murillo, que, fascinados de ambición, puestos de acuerdo con unos sargentos, sublevaron el batallón declarándose en rebelión.

Vanos fueron los esfuerzos del jefe, oficiales y una parte de la tropa, que se mantuvieron fieles al honor, para sofocar el motín; el escándalo triunfó.

En seguida fueron puestos en rigurosa prisión el jefe y oficiales.

Inmediatamente que se supo en Mendoza este suceso, marchó a escarmentar a los *viles* sublevados el *Murat* argentino coronel don Mariano Necochea, con su valiente sargento mayor don Rufino Guido a la cabeza de los Cazadores a caballo.

El *famoso* Mendizábal mandó a su encuentro a la *Posta de Huanacache* una comisión previniéndose que, si pasaba adelante, serían *fusilados en el acto.*

Y que estaba dispuesto a defenderse a todo *trance* haciéndole responsable desde ya de los *males* que sufriría la población en caso de un ataque.

Temeroso Necochea de que fueran sacrificados aquellos heroicos argentinos, la devastación de un pueblo tan benemérito entregado al desenfreno de una soldadesca desbordada en el desorden, y teniendo en cuenta también, que tenía que combatir con caballería a más de mil infantes con artillería y fuertes posiciones, se resolvió a contramarchar y se dirigió al *Portillo*, por donde repasó los *Andes* en dirección a *Rancagua.*

En esta ocasión acreditó una vez más este Regimiento la brillante organización y disciplina que habían sabido imprimirle sus distinguidos jefes, pues no tuvo un solo desertor.

*

Libre ya Mendizábal del peligro que lo amagaba, propuso al comandante Sequeira, sargento mayor graduado don Lucio Salvadores y capitanes Benavente, Bozo y Zorrilla, que si querían los mandaría a Chile a continuar sus servicios.

Aceptada la indicación, fueron enviados hacia la *Cordillera* custodiados por una partida.

A la primera jornada cerca de la ciudad, fueron alcanzados por el *aleve traidor* Biendicho, sargento indigno español de los sublevados *asesinos* en el *transporte* Trinidad, que en 1818 conducía parte de la expedición al mando del general O'Donel, conde Abisbal, que se dirigía al *Pacífico,* y que en mala hora pertenecía entonces a ese batallón.

En el acto, esos valientes y esclarecidos veteranos, que tantos servicios habían prestado a la patria, fueron bárbaramente muertos a *bayonetazos* y arrojados a una *acequia.*

*

Sin un corazón de *hierro* como el de San Martín, cuyas inspiraciones no tenían fronteras en los casos supremos, sin la ilimitada cooperación de su *leal amigo* el ilustre Supremo Director O'Higgins y la abnegación de la *heroica Chile,* la expedición al *Perú* habría fracasado por la enorme pérdida de aquel batallón.

Luego que el comandante Ramallo recibió en San Luis la orden de marcha con los Granaderos a repasar los *Andes* por el *Portilo,* se puso en camino en esa dirección.

De admirarse fue la lealtad de los intrépidos *Puntanos,* que no obstante no tener aún el *espíritu de cuerpo* que se adquiere en el *vivac* y bajo el trueno del cañón, no alcanzó a una *docena* de los destinados los que faltaron al juramento de fidelidad que habían hecho.

Sin ningún incidente, los Granaderos a caballo llegaron a *Rancagua,* y camparon en una *charqueada* a una legua de la ciudad.

Las Provincias Unidas del Río de la Plata quedaban en completa conflagración desconociendo la autoridad nacional.

*

El gobernador de la provincia de Cuyo, que residía en Mendoza, su capital, coronel don Toribio de Luzuriaga, fue depuesto del mando de ella, así como el teniente gobernador de San Luis, comandante don Vicente Dupuy, a quienes obligaron a pasar a Chile.

*

Un mes haría que los Granaderos a caballo se hallaban en *Rancagua,* cuando una noche como a la una, el sargento Serapio Taperovy (hijo de Yapeyú) dio aviso al capitán Olazábal que una parte de las compañías había tomado caballos de los *potreros* y había desertado llevando sus armas.

En el acto, el capitán pasó a poner en conocimiento del coronel Alvarado, que había sido nombrado jefe del regimiento, aquel incidente.

El jefe y oficial concurrieron a sus puestos para precaver la continuación del escándalo, y perseguir los fugitivos.

Formda la compañía, se notó la falta de unos cien hombres que habían marchado con el alférez don Gregorio Murillo.

Este oficial era un joven que contaría 17 años de edad, hermano del malvado *Murillo,* de los cazadores, y de los promotores de la sublevación del batallón.

Sin pérdida de tiempo, Alvarado mandó tomar caballos a un escuadrón, y que marchara a perseguirlos.

Asimismo dio cuenta de esta incidencia al coronel don Juan Gregorio de las Heras, que interinamente mandaba el ejército, campado en la ciudad de Rancagua.

Al día siguiente a la tarde fueron alcanzados los prófugos en dirección al *Portillo* para pasar los Andes hacia Mendoza.

Al ver la aproximación del escuadrón, y que no tenían escape, tomaron posiciones en un *cerrito* y se dispusieron a combatir.

Un pequeño *tiroteo* y la ninguna voluntad de resistir de la tropa los decidieron a dendirse entregando al *traidor* que en vano los empujaba al crimen.

Regresados al campamento, fue puesto Murillo en prisión con algunos de sus principales cómplices, a quienes se mandó sumariar.

Indudablemente este oficial y los promotores serían juzgados por un consejo de guerra de oficiales generales, y sentenciados a ser pasados por las armas.

Cuando el *proceso* llegaba a su término, los oficiales del regimiento entraron a interceder con sus jefes, para que éstos lo hicieran ante la autoridad del general San Martín, a fin de que fuese indultado en consideración a la poca edad de Murillo, su irreflexión, seducida por el hermano, y evitar el desdoro que recaería sobre el regimiento de que uno de sus oficiales fuera fusilado por traidor.

El general, tan rígido en la disciplina y no obstante la gravedad del crimen, mandó *sobreseer* en la causa, y este oficial, con dos de tropa, fueron destinados a prisión en *Valdivia.*

*

Entretanto, la autoridad nacional de las Provincias Unidas había caducado, por haber reasumido su autonomía las provincias.

En tan difíciles circunstancias, el general San Martín dirigió de la capital de Santiago a fines de marzo (1820) una comunicacóin oficial al coronel Las Heras, que, como se ha dicho anteriormente, mandaba interinamente el ejército, adjuntándole un *pliego cerrado,* y *lacrado con tres sellos,* ordenándole que éste debía ser abierto y leído en presencia de todos los señores jefes y oficiales del ejército, para que en vista de él resolvieran libremente sobre su contenido.

Reunidos en el Estado Mayor General, Paz del Castillo, su jefe, procedió por mandato de Las Heras a abrir el oficio y leerlo.

En él hacía su renuncia del elevado rango de general en jefe del ejército de los Andes, en atención a que la autoridad nacional de que emanaba había caducado de hecho.

Ofrecía también al mismo tiempo sus sservicios sin reserva al jefe que fuese honrado para sustituirlo.

Los coroneles don Juan Gregorio de las Heras, don Rudecindo Alvarado, don Mariano Necochea y don Enrique Martínez, fueron los primeros que con la mayor lealtad y patriotismo declararon en alto: "Que aun cuando la autoridad Nacional Argentina no existía, estaban en pie las provincias que la simbolizaban.

"Y que siendo el ejército la emanación de sus sacrificios por la libertad de Sud América, su voluntad incontrastable era la continuación en el mando del general San Martín".

Esta nobleza acrisolada de los compañeros de gloria del ilustre campeón, fue secundada unánimemente por todos los jefes y oficiales del ejército.

En consecuencia se labró un *Acta* haciendo esa declaración, que firmaron todos según su clase y antigüedad.

*

Legalizada nuevamente y robustecida de esta manera la autoridad del general San Martín, se contrajo sin descanso a poner en acción todos los elementos que su inteligencia y actividad tenían preparados para la expedición a Lima.

Al fin, a principios de julio (1820) los cuerpos argentinos y chilenos que formaban el Ejército Unido Libertador del Perú, con un personal de *cuatro mil ciento dieciocho hombres* de las tres armas, fueron llegando a Valparaíso para efectuar el embarque de los *transportes* que estaban preparados bajo la custodia de la *escuadra* al mando del vicealmirante Lord Cochrane.

Por los Estados que a continuación se manifiestan, se comprenderá aunque muy débilmente, cuán sublime era la capacidad del *héroe* que había sabido reunir tantos elementos en medio de la mayor escasez

de recursos, para surcar al Pacífico y lanzarse sobre la capital de los *Reyes* defendida por 22.000 soldados aguerridos.

República argentina y chilena —¡manes de San Martín y O'Higgins!— ¡He aquí flameando el pabellón tricolor de una gran nación libre e independiente que vuestros inauditos esfuerzos y la sangre de vuestros ilustres guerreros en su gigante empresa supieron prodigar!

El 20 de agosto (1820) la escuadra y convoy zarparon de Valparaíso.

Inmensa era la concurrencia allí agrupada vitoreando al preclaro guerrero y a sus huestes libertadoras de la *tierra* donde antes se adoró al *Sol.*

San Martín, de *pie* sobre la cubierta del *navío* que llevaba su *nombre,* rodeado de los generales de división, Cuartel General y Estado Mayor, envuelto en la humareda del estampido del cañón, se destacaba a la contemplación como un gigante de granito, siempre con su *falucho* de *hule,* casaca de granadero a caballo, con bordados de coronel mayor, banda de generalísimo y *sable moruno.*

Cada uno de los que allí presenciaban la sublime abnegación de aquellos soldados republicanos, pedían de la manera más ferviente al Grande Hacedor del universo protegiese con su égida omnipotente a tanto valiente que se despedía de la patria amada, unos de la sombra de los nevados Andes, y otros de la gran superficie de la sabana argentina.

¡Día grande, sublime, imperecedero fue aquél!

8

DE REGRESO

Cuando las generaciones venideras contemplen extasiadas de admiración y orgullo las grandes estatuas *ecuestres* que la gratitud de la heroica Buenos Aires y de las Repúblicas de Chile y el Perú ha consagrado simbolizando sus más prominentes glorias.

Cuando vean esculpido con letras de oro el nombre del preclaro guerrero argentino, que trepó sobre las *nubes* de los elevados *Andes* para lanzarse como un impetuoso torrente con su *legión* invencible, hasta la capital de los *Pizarros.*

Cumplida justicia será hecha al varón esforzado, que los acontecimientos excepcionales que atravesaba a fines del año de 1822, obligaron a separarse del *teatro* en que su genio y su brazo había alcanzado inmarcesible gloria y nombradía.

*

Dueño el Protector de la capital de *Lima* y el *Callao,* con sus formidables fortificaciones y un inmenso armamento y material de guerra; al frente de 9.000 aguerridos veteranos y dueño de la mayor parte del Perú, no era dudoso presagiar la terminación de la guerra de una manera victoriosa.

*

Sea permitido conmemorar aquí, interrumpiendo la narración, el enaltecido renombre del Ejército Unido de los *Andes-chileno* en la rendición del Callao, el más fuerte baluarte del poder español en la América del Sud.

Los castillos del *Real Felipe, Santa Rosa* y *San Miguel,* guarnecidos por tropas del rey al mando del inteligente y valiente general don *José de Lamar,* se rindió en 1821 después de *cuarenta días de sitio,* en que brilló el denuedo hasta la heroicidad de ambos contendientes.

La capitulación fue firmada por el benemérito general don Tomás Guido, a nombre del Protector.

Se concedió al general Lamar y sus tropas los honores de la guerra.

El general Guido fue nombrado por el generalísimo San Martín gobernador de la plaza y sus fortificacionese, tomando el mando del

ejército vencedor, por cuyas filas pasó la guarnición vencida, con bandera desplegada, y entregó sus armas.

Fueron prisioneros *seiscientos* hombres que habían salvado de *dos mil* que constituía la fuerza.

El estampido del cañón anunció al Perú que el pabellón tricolor flameaba en el *Real Felipe* y sus *torreones*.

Mil ciento y tantas piezas de artillería de hierro y bronce de todos calibres, montadas unas, y otras no, y un inmenso armamento, municiones y artículos de guerra, laurearon los trofeos del valor de aquella valiosa adquisición.

Entre la artillería allí tomada se encontraron las 12 piezas de bronce perdidas por el Ejército Unido de los Andes-Chileno en Cancha Rayada el 19 de marzo de 1818, y que el general Osorio había mandado al Virrey como un gaje de la victoria.

También encontró allí el general Guido —¡notable coincidencia!— recorriendo las fortificaciones, un cañón de a 8 con el nombre del famoso *cacique Mangoré,* fundido a su presencia en Buenos Aires en 1812 en la fábrica de fundición por su director coronel don Angel Monasterio, y que probablemente había sido tomado en la derrota de Vilcapujio o Ayohuma en 1813.

Tanto Lamar como los jefes y oficiales del ejército Real gozaron ampliamente de las garantías convencionales de la capitulación.

*

Como un comprobante de los heroicos esfuerzos y sangre derramada en la guerra de la Independencia Americana se consigna aquí también a la ligera el segundo sitio del Callao.

La guarnición había sido reemplazada en 1821 por tropas del Ejército Unido.

Habiendo dejado el Protector el mando supremo del Perú, e ídose a Chile en 1822, todo se había resentido y amenazaba un cataclismo la revolución.

El general Bolívar había sustituido en 1823 en el mando a San Martín, y con el Ejército Unido, el peruano y el colombiano hacía la guerra al norte de Lima.

La guarnición del Callao, arrastrada a un motín por varios sargentos encabezados por el de igual clase, Moyano, el 19 de febrero de 1823, aprisionó por sorpresa a los jefes y oficiales acantonados en el Real Felipe y el pabellón español se ostentó nuevamente en las fortalezas.

Este acto escandaloso lo ocasionó el no haber recibido sus haberes hacía algunos meses.

De ninguna manera fue tendiente a ponerse a las órdenes del *Rey*.

Tan fue así que el Regimiento de Granaderos a caballo, que también estaba complicado en el *motín* de la *Tablada* de *Lurín,* cuando marchó al *Callao* a incorporarse a sus compañeros, y vio flotar la bandera *española,* se llenó de indignación y se separó de los traidores.

Un teniente coronel, *Casariego,* español, que estaba prisionero en *Casas Matas,* hombre astuto y arrojado, fue el incitador del escándalo poniéndose al frente de la traición.

Es aquí el caso consignar un hecho *heroico* del denodado soldado del Batallón número 8 (cuyo nombre el narrador no recuerda en este momento), denominado *Falucho,* moreno, hijo de Buenos Aires.

Estando de *centinela* al pie del asta bandera donde se ostentaba el pabellón peruano, al irlo a arriar y tremolar el español se le ordenó que *presentase* el *arma.*

Falucho, con el mayor denuedo, contesó: "Yo no hago honores a esa *bandera* contra quien siempre he combatido, malo es ser *revolucionario,* pero peor es ser *traidor".*

Y, tomando su fusil por el cañón, lo hizo pedazos contra el asta bandera.

Allí mismo fue bárbaramente muerto a bayonetazos, sin que saliese de su boca otra palabra que la de *¡Viva la patria!*

¡Honor a la memoria de ese *leal* y arrojado *mártir!*

No bien llegó a conocimiento del valiente e infatigable general español *Canterac* este suceso, destacó desde la *sierra* una columna de 1.000 hombres a las órdenes del coronel *Ramírez* para reforzar los revolucionarios del *Callao.*

Instantáneamente mandó con más fuerzas al intrépido e *indomable* general *Rodil,* que tomó el mando en jefe de los 3.000 soldados que compusieron la gnarnición.

Bolívar, sabedor de este suceso, mandó sin pérdida de tiempo un *cuerpo de ejército* colombiano a las órdenes del impertérrito general Salon a poner sitio al *Callao.*

Los primeros trabajos de *zapa* y *aproche* se establecieron contra el *Real Felipe,* continuándolos contra toda la línea fortificada, avanzando las *paralelas* por *caminos cubiertos* hasta cerca de la *contracarpa* del primer fuerte, adonde se llegó después de *trece* meses de incesantes fatigas, bajo el continuo fuego de las baterías enemigas.

El general *Rodil,* inquebrantable en sostener hasta el último trance el honor de las armas que mandaba, asediado por *hambre,* pues hasta los más inmundos reptiles habían devorado, propuso al general *Salon,* cuando se preparaba el asalto, la entrega de la Plaza por capitulación, salvando su honor y el de sus tropas.

El general sitiador, según las órdenes que tenía de Bolívar, aceptó la propuesta, concediendo los honores de guerra.

Cuando la guarnición del *Real Felipe* desfilaba con armas y banderas para irlas a rendir al vencedor, el general *Guido* se hallaba al lado del general *Salon*.

Concluida esta operación, éste invitó a aquél a ir a saludar y ofrecer sus servicios a *Rodil*, que estaba en su alojamiento.

Atravesando la plaza de armas del *Real Felipe,* la hallaron llena de soldados, *macilentos,* residuos, infectos de prendas y *minas* causadas por las bombas del sitio.

El general *Rodil,* en completo uniforme, los recibió con afable circunspección, y en su porte marcial notábase la varonil resignación de los defensores de *Numancia.*

Cambiaron desde luego corteses cumplimientos, y el general *Salon* dijo a *Rodil*:

"General: tengo que llenar una formalidad de ordenanza en el torreón del Oeste, donde mandaré arriar la bandera española e izar la del Perú, haciendo la salva nacional. ¿Sería inoportuno molestara a usted con pedirle nos acompañase a esta ceremonia inexcusable de mi parte?"

Rodil contestó con aplomo: "Usted, general, va a llenar un deber, iremos juntos"; y los tres siguieron hasta el torreón más próximo a la población del Callao, que se divisaba de lo alto casi a vista de pájaro.

Inter un sargento de artillería arriaba la bandera española para enabolar la peruana, Guido dijo a Rodil:

"Señor general, lo que vemos desde aquí más parece un cementerio que un pueblo". Y él contestó en el acto :"Todavía queda gente, no todo se ha perdido."'

*

¿Qué importa que el general Rodil fuese entonces enemigo? El que escribe estas líneas, soldado como él no trepida en decir que fue un "héroe", sosteniendo el honor de sus armas hasta más allá de lo que le impusieron sus deberes.

La tenaz resistencia de Rodil, aun a despecho de sus mejores jefes y oficiales agobiados por el hambre, de diecisiete *conjuraciones* que sofocó a fuerza de "fusilamientos" de sus soldados, del espanto y la miseria durante el sitio, le habían enajenado de tal manera las simpatías de la oficialidad prisionera, que con sus armas paseaba por todas partes en el goce de las garantías concedidas por el vencedor, que hasta llegó a temerse por su vida.

Un "lazareto" preparado al rendirse la plaza, recibió "quinientos" enfermos de escorbuto, unos cadavéricos y otros en monstruosa obesidad.

*

Así terminó el drama, en que los protagonistas combatientes salieron de la escena con el envidiable prestigio de la perseverancia y del valor.

Pero el poder del "Rey" contaba aun en el alto y bajo Perú, con 18.000 soldados, mandados por generales que hacían honor a sus armas.

Era necesario, pues, empapar la tierra en sangre y devastar el país para efectuar el complemento de su obra.

Un rumor "sordo", hecho surgir por la ambición desenfrenada de hombres funestos, a quienes había quitado la "coyunda" de encima, propalaba la idea de que el Protector quería fundar un "Imperio" y *coronarse.*

Esta imputación atroz dilaceró el ardoroso patriotismo de aquel corazón, en que no germinaba otra aspiración que la libertad americana.

En esas circlunstancias, la "Estrella flamígera del norte" anunciaba la aureola del gran capitán libertador de Colombia, que desde los gloriosos campos de batalla de Carabobo, Boyacá y Bomboná hacía sentir el casco de su caballo sobre el Guayas, término de sus inmarcesibles "timbres" sobre los ejércitos españolas, que para siempre quedaban sepultados.

El Protector, inspirado de la abnegación y patriotismo más acrisolado, que siempre lo caracterizó en bien de la patria americana, se embarcó en el Callao a principios de julio (1822) para ir a conferenciar y acordar el plan de las nuevas operaciones que debían emprenderse, con el guerrero que desde el Orinoco venía asombrando al mundo con el brillo de sus armas, así como él con las suyas desde el Plata.

El 26 de ese mes, San Martín y Bolívar, que habían conmovido por su base un continente, se abrazaron en el Malecón de Guayaquil, ante la inmensa población de la ciudad de las "Palmeras", que absorta contemplaba aquellos dos "titanes", para quienes era estrecha la América del Sud.

La recepción del Protector fue la más "pomposa" en sus diversas manifestaciones en los tres días que allí permaneció.

Desde la primera conferencia San Martín penetró hasta el más recóndito pensamiento de Bolívar, en quien halló que por encima de su patriotismo se empinaba una ambición y orgullo de granito que no tenían fronteras.

El Protector, cuyo corazón poseía como ningún otro la reserva de la raza de Pelayo, disimuló su desencanto, continuando los esfuerzos para arribar a la terminación de la guerra, llevando a tal sublimidad su empeño, que hasta se ofreció a servir a sus órdenes.

No es de este lugar, es a la historia a quien incumbe consignar lo que allí se trató.

Basta decir aquí que San Martín hizo la firme resolución de alejarse del país, cediéndole la gloria de terminar su independencia con el valor de su ejército, el argentino, chileno y peruano.

Procediendo así, evitaba las grandes complicaciones que hubieran indudablemente surgido con la presencia de los dos caudillos que no habían podido armonizarse.

El uno, que deslumbraba con la aureola de libertador de Chile y el Perú y se mostraba como el *pico* de Aconcagua luchando con el cielo.

El otro, como el *ignífero* Chimborazo que sacude las superficies tropicales.

Para él no hay más derechos que los suyos, cuyos límites son los del mundo de Colón.

Pisa la ribera de Corro y se apropia Venezuela, escala los Andes septentrionales y se toma la Nueva Granada; pasa el Juanambú y se hace señor del Ecuador; se lanza sobre el Matrá y el Perú es suyo.

Y sin embargo el Aguila del Orinoco, fatigada de tanto luchar, con la vista fija en el Pacífico y el Atlántico, desea ir a descansar en la gran capital de los Braganzas.

*

Tres días después de su arribo se dieron el abrazo de hierro aqullos dos colosos y se separaron para siempre.

El Protector llegó al Callao el 20 de agosto.

Cumpliendo con la promesa hecha al Perú un año antes, al recibir la dictadura, instaló el primer Congreso constituyente en la patria de los Incas, el 20 de septiembre de ese año (1822).

Reunido éste, el Protector, vestido de grande uniforme, fue recibido por una comisión nombrada de su seno por aquella augusta asamblea, y conducido hasta el magnífico *dosel* que le estaba preparado.

Jamás se vio una figura tan expectable como el nuevo Aníbal, de pie en la contemplación de los *próceres* de la gran capital de los *Reyes*, la *Troya* de América, cuyo real *Estandarte* tenía en su poder.

Allí, quitándose la *Banda,* signo del mando Supremo, y poniéndola sobre la mesa que tenía delante, pronunció un sencillo pero elocuente discurso, en que resaltaba de relieve la magnitud de aquel hombre extraordinario.

Ninguna consideración, los esfuerzos más sentidos del Congreso, y de las primeras notabilidades de Lima, pudieron hacerle aceptar el mando del Ejército.

El Congreso, intérprete del sentimiento nacional, lo declaró "Fun-

dador de la Libertad del Perú", con el uso de la *Banda* tricolor, distintivo del jefe del Estado, y con los *Honores* del Poder Ejecutivo.

Decretó la creación de una estatua *ecuestre,* concluida la guerra, que perpetuase sus inmarcesibles glorias, y que entretanto fuese colocado su *busto* en la Biblioteca.

Se le acordó el sueldo que disfrutaba, y una *pensión* vitalicia a semejanza de *Washington.*

*

Al día siguiente San Martín, casi ocultamente, se embarcó en la goleta *Montezuma* en dirección de Chile, dejando una proclama al pueblo peruano.

El ejército quedó a las órdenes del benemérito general don Juan Antonio Alvarez de Arenales.

Pocos días después, el general San Martín llegó a *Valparaíso,* donde fue recibido con las mayores demostraciones de entusiasmo por aquel magnánimo pueblo.

En seguida pasó a la heroica capital de Santiago, en donde su constante amigo, el Supremo Director O'Higgins, le tenía preparada la hermosa posesión del *Conventillo* para su residencia.

El pueblo *chileno* acreditó una vez más con elevada hidalguía, las simpatías y gratitud que lo animaban hacia el guerrero a quien debía su libertad.

*

Desde luego de su llegada, San Martín, no obstante su naturaleza de acero, se vio asaltado por una grave enfermedad que puso su vida en inminente peligro, obligándolo a estar en cama más de dos meses.

Apenas restablecido, pero sumamente débil, se puso en camino en dirección a Mendoza, para pasar a Buenos Aires, a mediados de enero de 1823.

Llegada a aquella ciudad la noticia de su viaje, su *cadete* de 1813 en los Granaderos a caballo que narra estas líneas, y que se hallaba allí, se puso inmediatamente en marcha para el camino del *Portillo,* en los *Andes,* acompañado de dos peones y algunas provisiones a esperarlo sobre la cumbre de la Cordillera.

Al día siguiente llegó a la estancia de don Juan Francisco Delgado, en el *Totoral,* donde pasó la noche, y de mañana siguió camino por el *cajón del Manzano,* hasta llegar a la cumbre, donde durmió.

El sol aparecía con todo su esplendor en el Oriente cuando Olazábal, que estaba tomando *mate* (pues en prevención había hecho llevar leña) vio a la distancia una pequeña caravana que lentamente se dirigía hacia la cumbre.

Desde luego sospechó que allí venía su coronel y general.

Efectivamente, era el *Gran Capitán*.

El general San Martín iba acompañado de un capitán, con dos asistentes, dos mucamos y cuatro arrieros, con tres cargueros de equipaje y comestibles.

Cabalgaba una hermosa mula zaina con silla de las llamadas *húngaras*, y encima un pellón, y los estribos liados con puño azul por el frío del metal.

Un riquísimo *guarapón* (sombrero de ala grande) de paja de Guayaquil cubría aquella hermosa cabeza en que había germinado la libertad de un mundo, y que con atrevido vuelo había trazado sus inmortales campañas y victorias.

El *chamal* (poncho) chileno cubría aquel cuerpo de granito, endurecido en el vivac desde sus primeros años.

Vestía un chaquetón y pantalón de paño azul, zapatones y polainas, y guantes de ante amarillos.

Su semblante, decaído por demás, apenas daba fuerza a influenciar el brillo de aquellos ojos que nadie pudo definir.

*

Cuando se acercó, Olazábal se precipitó hacia él y lo abrazó por la cintura, deslizándose de sus ojos abundantes lágrimas.

El general le tendió el brazo izquierdo sobre la cabeza, y lleno de emoción, sólo pudo decirle: —¡hijo!

Un momento después, invitado a descansar y tomar un poco de té o café, aceptó, y ayudándolo a bajar de la mula, se sentó sobre una montura que le sirvió como los magníficos sofáes de los palacios que había conquistado.

Inter se cebaba un mate de café, que prefirió, y le preguntaba por la familia, dijo: "¡Qué diablos, me ha fatigado esta subida!"

Después que tomó el café con un bizcochuelo, mirándolo exclamó: "¡Tiempo hace, hijo, que mi boca no saborea un manjar tan exquisito! Bueno será, quizá, que bajemos ya de esta eminencia desde donde en otro tiempo me contempló la América."

Nadie habría podido penetrar lo que pasaba en aquel corazón tan combatido por crueles desengaños.

Quizá creyó que aún no debía estar aquella eminencia, desde donde aparecía como los héroes de Plutarco.

Efectivamente, sosteniéndolo, montó en la mula, y emprendieron el descenso de los Andes, en que se fatigó bastante por la posición inclinada hacia adelante de la cabalgadura.

En el *Manzano* pasaron la noche en donde durmió bajo un *pabellón* de *ponchos* que se improvisó.

*

Al día siguiente llegaron a la *estancia* de don Juan Francisco Delgado, en el *Totoral.*

Pocas horas hacían que estaban allí cuando llegó un *chasque* de Chile, mandado por O'Higgins, en que le adjuntaba como veinte comunicaciones llegada de *Lima.*

Después de ver los sobre abrió y leyó una, y exclamó: "Oh! Si Alvarado se ciñe al plan de campaña que he dejado para las operaciones en *Intermedios,* saldrá victorioso, de lo contrario le irá mal."

Luego abrió y otra y dijo: "Esta es del *malvado* más grande que hay en el Perú. Es de «Rivaguero»"; y después de leerla demudándose su semblante, agregó: *¡Pícaro!* Ahora me llama para que vuelva, porque de no, se pierde el Perú. ¡Intrigante!".

Continuaba con otras, y viendo la letra y sello de una, sin abrirla y manifestando desagrado, agregó: "Esta es de mi hermano Manuel, *Matucho* (así llamaba él a los españoles), que creyéndome aún *Dictador* en el Perú me escribe por primera vez desde que nos separamos en 1812, no habiéndome contestado a tantas que le he escrito, llamándolo a mi lado.'" Sin más, rompiéndola sin leerla, la tiró.

Las demás eran todas de las personas más notables, llamándolo al Perú.

*

En aquella estancia estuvieron tres días más, en cuyo tiempo fue notable el restablecimiento de su salud.

El día 2 de febrero se pusieron en camino para la ciudad de Mendoza, despachando antes de regreso al oficial chileno que venía en su compañía, y fueron a dormir en la *Estacada.*

Allí se incorporó don José María Correa de Sáa, padre de los valientes oficiales mendocinos de Cazadores a caballo que quedaban en el Ejército Libertador, don Félix y don Ignacio.

El 3 de madrugada continuaron su marcha para la ciudad, e iban hablando indistintamente cuando de pornto le dijo el general: "¿Usted recuerda qué día es hoy?".

—En este momento, no señor —le contestó.

—Pues este día en 1813, poco más o menos a estas horas, usted sabe que el Regimiento hacía su primer ensayo en *San Lorenzo,* que no habrán olvidado los *Matuchos,* ni yo tampoco, porque me vi bien apurado.

*

El general, enemigo como siempre de manifestaciones públicas, burló la vigilancia del gobierno y pueblo que lo esperaban, y fue, sin ser sentido, a bajarse en la casa-habitación de la distinguida señora doña Josefa Huidobro, donde fue constantemente cumplimentado y obsequiado por aquella digna ciudad.

Dos meses después de estar allí, su salud había recuperado el nervio de veinte años atrás.

Vestido con esmero todo de negro, zapato y media de seda, concurría y bailaba en todas las primeras *tertulias*.

Sus distracciones y modo de vivir en nada demostraban recordar el gran *teatro* que acababa de abandonar.

Durante su permanencia en Mendoza, llegaron allí de Chile y de tránsito para Buenos Aires un señor Mosquera, colombiano, y don Antonio Arcos, antiguo jefe de ingenieros en el ejército de los Andes.

Uno de los muchos días que comía con el general, lo halló en su dormitorio con una pequeña imprenta sobre la mesa, y cuator botellas de vino, timbrando unos papelitos, como los que traen los licores.

—En el momento que entró, le preguntó:

—¿A que no sabe usted lo que estoy haciendo?

—No, señor —le respondió.

—Pues vea usted, cuando invadimos a Chile, en 1817, dejé en mi *chacra* unas cincuenta botellas de vino moscatel de uno riquísimo que me había regalado don José Godoy. Por supuesto que lo que menos recordaba era esto, pero ahora ha días don Pedro Alvíncula Moyano, que, como usted sabe, corre con la *chacra,* me trajo una docena de estas botellas, refiriéndose al depósito que su honradez me había conservado. Hoy tendrá a la mesa a Mosquera, Arcos y usted, y a los postres pedirá estas botellas y usted verá lo que somos los americanos, que en todo damos la preferencia al extranjero. A estas botellas de vino de Málaga, les he puesto de Mendoza, y a las de aquí, de Málaga.

Efectivamente, después de la comida, San Martín pidió los vinos diciendo: “Vamos a ver si están ustedes conformes conmigo sobre la supremacía de mi mendocino”.

Se sirvió primero el de Málaga con el rótulo Mendoza.

Los convidados dijeron a más que era un rico vino, pero que le faltaba fragancia.

En seguida se llenaron nuevas copas con el del letrero Málaga, pero que era de Mendoza.

Al momento prorrumpieron los dos diciendo: “¡Oh, hay una inmensa diferencia, esto es exquisito, no hay punto de comparación!”.

El general soltó la risa y les lanzó: “Ustedes son unos *pillos,* que se alucinan con el timbre”. Y en seguida les contó la trampa que había hecho.

*

Parece que el señor Arcos se preciaba de su inteligencia para depostar un ave.

Con este motivo, otro día en la mesa le dijo: "Vamos, señor Arcos, a ver que tal lo hace usted con ese pato".

En el acto tomó el trinchante, y principió la autopsia.

Pero el cadáver, de propósito, no estaba bien asado, y la cuchilla desafilada.

Arcos sudaba y todos reían de sus aparatos, con especialidad el general.

Al fin, le fue preciso apelar a todo trance, y cargar con la rechifla.

Todo el que hubiera visto al general sin conocer su epopeya, imposible que creyera que aquel hombre era el que simbolizaba las más grandes glorias de las repúblicas argentina, chilena y peruana.

*

Por el mes de octubre (1823) el correísta capitán retirado don Manuel Guevara, que llegaba de Buenos Aires, puso en manos del general una comunicación del gobernador de Santa Fe, don Estanislao López, que le había sido entregada por un oficial santafecino bajo la más seria responsabilidad en la posta de la *Candelaria.*

Al día siguiente, cuando entró Olazábal a visitarlo, y se sentó, el general tomó un papel de sobre la mesa y dándoselo le dijo: "¡Lea usted!".

Aun cuando su corazón se resistía a dar crédito al contenido de aquellas líneas, no obstante, se llenó de indignación.

López, después de las significativas muestras de alta admiración y respeto hacia el general, le decía: *"Sé de una manera positiva, por mis agentes en Buenos Aires, que la llegada de V. E. a aquella capital, será mandado juzgar por el gobierno en un consejo de guerra de oficiales generales, por haber desobedecido sus órdenes en 1817 haciendo la gloriosa campaña a Chile, no invadir a Santa Fe, y la expedición libertadora del Perú.*

"Para evitar este escándalo inaudito, y en manifestación de mi gratitud y del pueblo que presido, por haberse negado V. E. tan patrióticamente en 1820 a concurrir a derramar sangre de hermanos, con los cuerpos del Ejército de los Andes que se hallaban en la provincia de Cuyo, siento el honor de asegurar a V. E. que a su solo aviso estaré con la provincia en masa a esperar a V. E. en el Desmochado, *para llevarlo en triunfo hasta la plaza de la Victoria.*

"Si V. E. no aceptase esto, fácil me será hacerlo conducir con toda seguridad por Entre Ríos hasta Montevideo, etc.".

*

Al devolverle la comunicación, vio su rostro completamente demudado, y aquella voz de trueno que se oyó siempre victoriosa en los campos de batalla, desfallecida.

En seguida dijo: *"No puedo creer tal proceder en el* gran pueblo de Buenos Aires. *Iré, pero iré solo, como he cruzado el Pacífico, y estoy entre mis mendocinos. Pero, si la fatalidad así lo quiere, yo daré por respuesta mi sable, la libertad de un mundo, el estandarte de Pizarro, y las banderas que flotan en la Catedral, conquistadas con aquellas armas que no quise teñir con sangre argentina. ¡No! Buenos Aires es la cuna de la libertad!".*

Pocos días después, despachó para Buenos Aires a don Pedro Alvíncula Moyano, y la contestación para López, agradeciéndole su aviso y ofrecimiento sin aceptarlo.

La letra de esa comunicación, según ha podido cerciorarse después, era de puño de don Domingo Cullen, íntimo amigo y director del gobernador López.

Este señor Cullen (a) Correo Botella, español de nacimiento, empleado en el gobierno de la plaza de Montevideo, en 1813 y 1814, fue en aquella fecha un distinguido patriota que prestó importantes servicios a la causa de la libertad.

Para tener al corriente de cuanto pasaba en la Plaza, iba constantemente a un buque que estaba abandonado en el puerto, cuando la mar por el viento iba a la costa, y desde allí echaba al agua una botella bien lacrada con la comunicación numerada y dirigida al general Rondeau.

Como el soldado que la hallaba recibía una gratificación, se vio últimamente que sólo el núm. 4 se perdió.

*

Durante la permanencia del general en Mendoza, recibió infinidad de correspondencia de Lima llamándolo a ponerse al frente de los grandes intereses del país.

Al fin se puso en camino para Buenos Aires en los úlitmos días de noviembre y llegó sin ningún incidente, el 4 de diciembre de 1823.

El pueblo ilustre de aquella ciudad se agolpó a la casa del Washington argentino; luego se supo su llegada después de diez años de campañas y victorias con que había enaltecido la fama de su patria.

Después de una breve residencia allí, se embarcó para Inglaterra en el paquete, llevando en su compañía a su adorada hija Merceditas para completar su educación en un colegio.

*

Poco hacía de la partida del general para Buenos Aires, cuando llegó a Mendoza con procedencia del Perú, el coronel don Juan Manuel Iturregui, con comunicaciones oficiales del presidente de aquella República, general don José de la Riva Agüero, llamándolo de la ma-

nera más encarecida a salvar al Perú del peligro inminente que lo amagaba.

Infinidad de cartas de las primeras notabilidades traía también.

El coronel regresó a Chile, después de enviar a Buenos Aires la correspondencia de que era portador.

*

El general San Martín, a su llegada a Europa y después de poner en un colegio a su niña, en Bruselas, viajó una parte de Escocia y Sud, y a principios de 1825 fijó su residencia cerca de su hija para atenderla con más esmero.

Durante tres años habitó en Bruselas.

El 21 de noviembre de 1828 se embarcó en Falmouth en el paquete inglés, con destino a Buenos Aires, llegando a balizas de este puerto en enero del siguiente año.

La revolución del 1º de diciembre de 1828 encabezada por el general don Juan Lavalle, con una parte del ejército nacional que se había cubierto de gloria en la guerra contra el Imperio del Brasil, la acción de Navarro el 9 del mismo mes, mandada por Lavalle, en que fue derrotado el gobernador coronel don Manuel Dorrego, que había abandonado la capital y puéstose a la cabeza de las fuerzas que reunió el comandante general del Sud, don Juan Manuel de Rosas, y el fusilamiento de Dorrego el 13 en Navarro, decidieron al general San Martín a no desembarcar, irse a Montevideo y de allí regresar a Europa.

Al siguiente día de mañana Olazábal, que también había regresado de la campaña contra el Brasil, fue a bordo del paquete, con el sargento mayor don Pedro Nolasco Alvarez de Condarco, llevándole un cajón de hermosos duraznos.

Su cabeza, que no estaba cubierta, había encanecido de una manera notable, y vestía una levita de *zaraza* hasta cerca de los tobillos.

Preguntándole por su *niña,* le dijo "que la dejaba en el Colegio", y agregó con muchas gracias: "¡Qué diablos! La *niñita voluntariosa* tuvo que ir *arrestada* lo más del viaje en su *camarote*. ¡Ya se ve!, criada y consentida por la abuela, estaba muy *insubordinada.*"

Se interesó en saber de muchas personas, con especialidad del general don Tomás Guido y del señor Gómez Orcajo.

En seguida llegó el coronel Espora, que le entregó una carta del Ministro general del Gobierno, señor Díaz Vélez, invitándolo a bajar a tierra, etc., a lo que contestó agradeciendo, pero declarando su resolución de no hacerlo.

*

Pocos días estuvo en *balizas,* y pasó a Montevideo para seguir viaje.

Estando allí, recibió una comunicación del general Lavalle desde el *Saladillo*, datada el 4 de abril de 1829, por mano del coronel Trolé y de don Juan Andrés Gelly, en que le instaba regresase a la *Patria*, donde el prestigio de su nombre al frente de los negocios públicos podía allanar las dificultades por que atravesaba el país.

San Martín contestó a Lavalle, por medio de un comisionado, excusándose, y en los últimos días de abril se puso en viaje para Inglaterra.

*

Poco tiempo después se estableció en París, para vivir en la mayor mediocridad, pues el único capital con que contaba eran 3.000 pesos, fruto de la venta de su propiedad en Mendoza.

En 1832, el general y su adorada hija fueron atacados del *cólera* de una manera horrosa que puso sus vidas en el dintel de la muerte; lo que lo obligó a pasar el verano en los baños de *Air,* al mediodía de la Francia.

Los gastos que esa enfermedad le ocasionó le redujeron casi a la mencididad.

Pero la providencia, que velaba por la existencia del primer campeón *americano* que había sido dueño del Imperio de los *Incas,* y no obstante no tenía un *peso* de que disponer, fue en su apoyo.

¡El *ínclito* O'Higgins, el amigo más querido de su corazón, le envió desde el Perú la suma de *tres mil pesos!*

Con ellos satisfizo los compromisos que había contraído en su enfermedad, y pudo también el 13 de diciembre de 1832 ver realizados todos sus ardientes deseos de unir a la señorita su hija en matrimonio con el caballero don Mariano Balcarce, hijo del ilustre general de este nombre don Antonio y sobrino de los no menos distinguidos generales don *Juan Ramón,* don *Marcos* y don *Diego.*

*

Por ese tiempo, estando en París, se le apareció como *bajado* del *cielo* el opulento *banquero Aguado,* compañero de armas en el Regimiento de *Murcia* cuando sirvió en España, que le tendió la mano más generosa de un amigo, con cuya protección pudo comprar la pequeña propiedad de *Grand Bourg,* cerca de París, y *Sena* de por medio con el *Chateau du Petit Bourg,* que habitaba Aguado, que éste unió a aquella por un puente colgante.

En 1840 el general San Martín sentía de una manera visible la deficiencia de su salud y el peso de los años.

El Libertador de *Chile* y el *Perú,* reconcentrado en su hogar doméstico, apenas se veía con sus dos lindas *nietas* Josefa y Mercedes, por las veredas de los *Baluartes* y en el jardín de Plantas.

En este estado pasó a residir en su mansión de *Grand Bourg.*

El mal estado de su salud seguía en progreso, y con ese motivo hizo su *Testamento*, escrito de su puño, en París, el 23 de enero de 1844.

Por su disposición 4ª declara "que *desearía* que su *corazón* sea depositado en el *Cementerio* de Buenos Aires".

Y, en un *artículo adicional*: "Es mi voluntad que el *estandarte* que el bravo don Francisco Pizarro tremoló en la conquista del *Perú* sea devuelto a esta República".

Según creía como cosa cierta el eminente publicista americano doctor don Florencio Varela, "ese estandarte es obra de las manos de doña Juana la *Loca,* hija desventurada de la noble matrona que ilustró la corona de Castilla, y madre del emperador Carlos V".

Por manera que ese estandarte es el monumento más antiguo y tradicional del nuevo mundo, desde la conquista.

El general continuó residiendo en París y Grand-Bourg hasta principios de 1848, que estalló la revolución en Francia, y pasó con su familia a la ciudad de Bolonia.

En el verano de 1850 su enfermedad se pronunciaba de una manera alarmante.

Esta consistía en una desorganización nerviosa, causada por el reumatismo adquirido en sus dilatadas campañas, cuyo centro era el estómago.

En julio de ese año fue a tomar las aguas de Enghien, que le sentaron bien, y regresó a Bolonia en los primeros días de agosto.

El 13 de ese mes se desarrolló de una manera cruel su enfermedad.

No atreviéndose a quejarse en presencia de su afligida y adorada hija, que le preguntaba su estado, le contestó con sonrisa forzada: "¡Es la tempestad, que lleva la nave hacia el puerto!".

*

El 17 de agosto, ¡día fatal! estaba señalado por el destino para enlutar la América con el último día del hombre extraordinario.

Por la mañana se levanttó sereno y con fuerzas suficientes para ir hasta el cuarto de su hija, y tomó algún alimento.

Así pasó las dos de la tarde, que fue asaltado por un acceso violento al estómago, que no dio más tiempo que a ponerse en el lecho de su hija, donde ésta, su esposo, el doctor Jacson, su médico, y su íntimo amigo el señor don Francisco Rosales, encargado de Negocios de Chile, que había ido a visitarlo, lo rodeaban en la mayor consternación.

Una hora de agonía, y cuando los dolores habían calmado, el varón ilustre exhaló su grande alma, a las tres en punto de la tarde.

Su rostro conservó sus rasgos severos y respetables.

Sobre su pecho puesto un crucifijo, y otro sobre una mesa con dos luces que ardían junto a su lecho, oían los rezos de dos hermanas de la caridad.

El 19 en la noche sus restos guardados en un triple ataúd de cedro, encina y estaño, se depositaron en la bóveda de la catedral de Bolonia.

¡El más grande y eminente criollo del mundo de Colón, generalísimo don José de San Martín, dejó de existir a los 72 años, 5 meses y 23 días!

Positivamente en 1861 sus restos fueron exhumados y sepultados en el cementerio de Brunoy, aldea cerca de Grand-Bourg.

Más de cuarenta americanos asistieron a esta ceremonia.

INDICE

Imprimió LEONARDO IMPRESORA - México 2220/30, Buenos Aires

Queda hecho el depósito que previene la ley N° 11.723